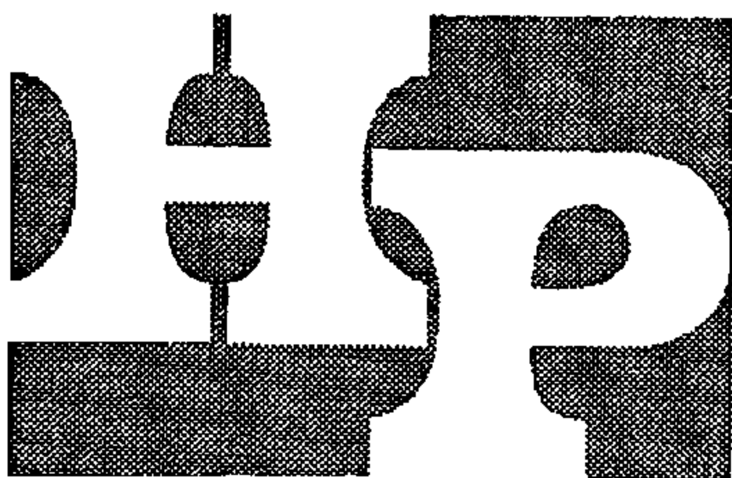



BOLSILIBROS BRUGUERA

# Silver Kane

# Un millón de dólares al infierno





# Héroes de la PRADERA



# Silver Kane

# UN MILLON DE DOLARES AL INFIERNO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 431
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B 5735-1978

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición: abril, 1978



Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

# CAPÍTULO PRIMERO

Hacia 1880, el comercio entre la costa occidental de los Estados Unidos, principalmente en los puertos de California y Oregón, era muy activo con las costas de China.

Como todos los lectores saben, San Francisco es aún una inmensa ciudad china en muchos aspectos. Y lo era mucho más en aquella época.

Hasta 1914, la inmigración no tuvo ninguna traba en Estados Unidos. Cualquier persona que deseara desplazarse al nuevo país podía hacerlo con sólo cumplir un mínimo de requisitos, especialmente sanitarios. Después de 1914 se dictaron medidas contra la inmigración, en especial contra la inmigración amarilla, y hoy Estados Unidos es un país donde resulta muy difícil trasladarse a vivir.

Pero en la época a que nos estamos refiriendo, eso no sucedía. Y así, desde Shanghái, Macao, Hong-Kong y otros populosos puertos de China, llegaban barcos enormes repletos de un ansioso —y por lo general maloliente— cargamento humano. La mayoría de los chinos se instalaban en el propio San Francisco, donde llegaron a ser los reyes de las lavanderías y de los restaurantes exóticos. También algunos de ellos abrieron misteriosas casas donde, por unas monedas de oro, jóvenes muchachas amarillas daban a conocer los placeres de Oriente. Y, por fin, se organizaron también bandas de asesinos, como las de los famosos «Tong», que se alquilaban a los hombres blancos para «ejecuciones» rápidas y discretas, o dirimían entre familias rivales el dominio de un barrio o una cadena de negocios, exactamente como muchos años después, al otro lado del país, haría la Mafia.

Debajo de las casas de San Francisco, en el famoso barrio chino,

llegó a haber —y este dato era rigurosamente histórico— una verdadera ciudad subterránea más grande aún que la que estaba sobre la superficie de la tierra. Esa ciudad secreta sólo la conocían unos cuantos iniciados, y, desde luego, la policía no había puesto los pies en ella jamás. La serie de crímenes que se cometieron allí y los secretos que guardaban sus oscuras galerías es algo que no se ha sabido nunca, y que nunca se sabrá. Lo único cierto es que la ciudad subterránea existiría aún de no haber sido por el terrible terremoto de 1906, que convirtió San Francisco en un montón de ruinas humeantes. ¿Cuántos miles de personas murieron en aquella ciudad subterránea, sin que sus cadáveres fueran encontrados jamás? ¿Cuántos secretos se perdieron para toda la eternidad, en la noche de los tiempos?

Eso es algo que tampoco será averiguado nunca.

Pero, en fin, dejemos estas consideraciones históricas para ceñirnos al tema de este libro, muchos de cuyos personajes han existido realmente, en especial el banquero Truman. Hasta 1915 hubo cerca de la bahía, en la pequeña calle de Chesapeake, un establecimiento de préstamos cuyos dueños habían puesto en la fachada: «Sucesores de J. Truman». Luego, a causa de la muerte de uno de los dueños, el negocio cerró, y actualmente no sé qué tienda hay en ese lugar, pues hace varios años que no he pasado por esa zona.

Truman era un hombre que, en 1880, tenía una fortuna más que considerable. Era presidente de la Truman Consolidated, entidad de crédito que se dedicaba a financiar negocios marítimos y mineros. Sus socios eran tres, y con todos se llevaba muy bien. Aquella época fue muy floreciente. Los negocios iban viento en popa.

Cualquier vaquero que trabajara en California tenía una sola obsesión: pasar al menos una noche libre en San Francisco. Y todos los dueños de ranchos de las cercanías procuraban ir al menos una vez al mes a la viciosa y seductora ciudad.

Muchos de ellos tenían ya una habitación fija reservada en los hoteles.

Los empleados les conocían, pero guardaban silencio respecto a sus aventuras.

Había, sin embargo, un tipo misterioso, alguien a quien no habían visto la cara jamás.

En el Claridge, uno de los más lujosos hoteles de la ciudad, le llamaban «Nostradamus».

Como se sabe, «Nostradamus» fue un misterioso brujo y alquimista del que se cuentan infinidad de leyendas y hechos estremecedores, alguno de los cuales es muy posible que sea verdad.

Aquel hombre siempre avisaba su llegada al Claridge por medio de un telegrama. Eso significaba que debían tener lista la habitación.

Entraba por una de las puertas posteriores, y subía por la escalera de servicio. Como aquel hombre pagaba muy bien, la dirección del hotel cuidaba de que a aquella hora no se tropezase con nadie.

Aunque, naturalmente, una cosa es dar órdenes, y otra muy distinta que las obedezcan.

Los criados tenían verdadero interés por saber quién era aquel tipo. Y bastantes veces habían mirado, apostados tras las puertas que daban a la escalera.

Pero todo había sido inútil.

Lo único que vieron fue un hombre alto, envuelto en una capa negra, que le tapaba media cara, y cubierto con un sombrero del mismo color que le llegaba hasta más abajo de las cejas. No habían podido ver absolutamente nada.

En cambio, las actividades de aquel tipo estaban bien claras.

Cada vez que iba a aquel lugar, recibía a más de una muchacha china. Y se decía que era un verdadero experto en placeres misteriosos y exóticos.

Pero allí también se dedicaba a negocios, aunque eso no lo sabía nadie.

Muchas de las «muchachas» chinas que llegaban allí, siempre con la cara cubierta, no eran tales muchachas, sino viejas corrompidas que dominaban las casas clandestinas del puerto. Y «Nostradamus» —cualquiera que fuese su verdadero y maldito nombre— les proporcionaba el material humano necesario, ya que para eso tenía una flota que llegaba desde Shanghái hasta San Francisco, en una serie de viajes ininterrumpidos y semisecretos.

Como se sabe, y hasta bien entrado nuestro siglo, los chinos sólo apreciaron a los hijos varones, mientras que las hembras eran consideradas poco menos que como una maldición que los

antepasados enviaban al atribulado padre. Y ya siempre, hasta que morían, las hembras estaban sometidas a la autoridad del padre, luego a la de sus hermanos y, si se casaban, a la de sus hijos varones.

Los matrimonios eran concertados por lo general cuando los futuros contrayentes tenían apenas unos años. Pero en la mayoría de las ocasiones, la hija era vendida, y si tenía suerte, según el concepto entonces imperante, llegaba a concubina de algún rico comerciante o tal vez de un mandarín.

Durante las épocas de mala cosecha y de hambre —que por lo general eran un año sí y otro también—, miles y miles de paupérrimos campesinos amarillos llegaban a Shanghái acompañados de sus hijas, que vendían a cualquier precio, para así poder alimentar al resto de la prole que aún no podía ser vendida. Y los agentes de «Nostradamus» pagaban muy bien.

Ellos se llevaban a las chicas más selectas, a las más finas, a las que más prometían para cuando, un año después, se convirtieran en mujeres.

Barcos especialmente acondicionados las llevaban hasta San Francisco, donde eran desembarcadas en secreto, con el beneplácito de unas autoridades que habían cobrado su buena participación en el «negocio». Desde el puerto se las trasladaba a lugares donde eran adiestradas durante casi un año. Como las chinas eran de carácter sumiso y no tenían a quién acudir —en el caso de que hubieran querido rebelarse—, no planteaban ninguna clase de problemas. Y un año después de su llegada a América, estaban en situación de devolver el ciento por uno y de ser un magnífico negocio para el que las había comprado.

«Nostradamus» cuidaba de todo eso.

Su fortuna era literalmente sensacional.

Pero tenía enemigos en el «negocio», ya que un chorro de dólares de esa clase también lo apetecían otros. Por eso se veía obligado a defenderse en muchas ocasiones del ataque de sus enemigos.

Y por eso contrataba hombres como los tres amarillos que llegaron a San Francisco aquella noche de febrero.

Hacía mucho frío, y un viento racheado y gélido llegaba de la bahía. Los tres chinos iban semidesnudos, pese a lo cual no parecían

preocuparse mucho.

Los tres procedían de regiones gélidas del norte de su país, lindantes con Siberia. Precisamente, de la provincia de Sin kiang, donde las temperaturas alcanzaban con facilidad los treinta grados bajo cero.

«Nostradamus» había telegrafiado aquella noche.

> «Preparen habitación. Recibiré visitas. Máximo sigilo».

En efecto, se presentó a la hora acostumbrada, pero esta vez no recibió visitas femeninas. Ahora, los que llegaron fueron tres corpulentos chinos acompañados del capitán mercante que les había conducido hasta allí.

«Nostradamus» no se había quitado la capa ni el sombrero.

En la habitación, casi totalmente oscura, parecía un siniestro y solitario fantasma para el que no existían ni la muerte, ni el tiempo.

Los tres amarillos se estremecieron al verle.

Claro que sólo vieron su figura, porque su cara estaba totalmente cubierta por el sombrero y los bordes de la capa.

Tampoco pudieron apreciar si era alto o bajo, ya que se hallaba sentado en un ángulo de la habitación.

El capitán presentó a los tres visitantes de una forma muy sencilla.

—Éstos son —dijo—. Los he buscado entre los más implacables asesinos de todo el inmenso país. China tiene ya casi trescientos millones de habitantes. Y entre esos trescientos millones, no hay verdugos más hábiles que estos tres.

Fue imposible saber si «Nostradamus» estaba conforme o no.

No se le veía la cara.

Durante largos minutos permaneció pensativo, mirando fijamente a los tres chinos, sobre los cuales daba directamente la luz.

—Son fuertes —dijo, al fin—, pero no lo que yo esperaba. Me habían hablado de verdaderos gigantes.

—Póngalos a prueba —ofreció el capitán—. Uno es un implacable cuchillero; el otro, un invencible estrangulador, y el

tercero puede matar a un hombre con sólo dos golpes de una lucha secreta que conoce. Una lucha llamada «Kung-Fu»[1].

«Nostradamus» también reflexionó unos instantes.

Y al fin murmuró:

—Muy bien. Quiero probarlos.

—Quedará satisfecho.

—La última vez no me trajiste muy buen material. Los dos asesinos que intentaste venderme fueron muertos por mis rivales en la misma noche de su llegada.

—Reconozco que me equivoqué —dijo el capitán—, pero éstos son diferentes. Los he hecho buscar a través de todo el inmenso imperio de China.

—Muy bien. Tú conoces a Percy.

—Sí, claro que lo conozco.

—El está invadiendo mi negocio. Mató a mis hombres la otra vez. Cada vez se está transformando en algo más peligroso. San Francisco se ha hecho pequeño para los dos.

—Comprendo.

—Esta noche celebra su cumpleaños. Por eso quería que llegarais precisamente hoy. En su casa de Telegraph Hill reúne a sus más bellas chicas y a sus mejores asesinos. Me interesa que Percy muera. Quiero que mueran también sus dos guardaespaldas, Pinker y Través. Y las chicas que estén con ellos.

Los tres chinos que estaban en la habitación entendían el inglés. En realidad, habían trabajado para grandes patronos blancos y para «señores de la guerra», de su propio país, pero siempre les habían pagado mal. Por eso se habían decidido a venir a Estados Unidos, donde, al parecer, se ganaba el dinero en grande[2].

Uno de ellos murmuró:

—Dé por muertos a esos hombres y a esas mujeres, señor.

—Conan os guiará. Volver cuando los hayáis matado.

Éstas fueron todas las órdenes de «Nostradamus».

Los tres hombres salieron.

Telegraph Hill se estaba transformando ya en una de las zonas más aristocráticas de San Francisco, aunque no todos los que vivían allí merecieran el calificativo de «aristócrata». Muchos, como Percy,' se dedicaban, al igual que «Nostradamus», a los más infames negocios.

El capitán mercante dejó a los tres chinos muy cerca de la casa. Lo demás era asunto de ellos.

—Cuando terminéis, volved por el mismo camino —se limitó a decir.

Y se fue.

En la fiesta de Percy se había reunido lo mejor de San Francisco, ya que mucha gente no conocía sus verdaderos negocios. Estaban, por ejemplo, varios banqueros. Había también distinguidas actrices de los teatros de la ciudad. Y estaba, desde luego, la incomparable, la suprema Leticia Fereman, que era considerada la mujer más guapa y tentadora de San Francisco. Para ella no existía un diamante si no era el diamante mayor del país. Ni una perla si otra mujer tenía bastante dinero para comprar otra igual. Lo que se ofrecía a Leticia Fereman tenía que ser incomparable, único. Por eso había tenido dos únicos «amigos» y protectores en San Francisco, y los dos estaban arruinados hasta los huesos.

Se decía que Percy estaba enamorado de ella y que quería atraerla por esa razón. Pero Percy, pese a su inmensa fortuna, resultaba poca cosa para Leticia.

Se rumoreaba que su actual amigo era un hombre más poderoso aún, del que nadie sabía nada.

Hacia la una de la madrugada, la fiesta había terminado en realidad. Por eso, todos los que aún querían ser considerados como personas respetables se marcharon a esa hora. En cambio, los que no tenían nada que perder —moralmente, se entiende—, permanecieron en la casa. Entonces empezaba una fiesta distinta, una fiesta estrictamente privada. Los invitados eran atendidos por seductoras muchachas amarillas pertenecientes al negocio de Percy. Pronto las parejas desaparecían y se instalaban en los diversos dormitorios de la casa.

Percy ignoraba que tres pares de ojos le habían estado observando durante la fiesta.

Percy —así como dos de sus hombres de confianza— ignoraban que aquella noche celebraban también la despedida del mundo de los vivos.

Hacia las dos de la madrugada habían sucedido una serie de cosas que en cierto modo iban a cambiar la historia de la ciudad.

Uno de los hombres de Percy, pese a ser un experto luchador,

fue estrangulado en su propia habitación, así como la chica que le acompañaba. Ninguno de los dos pudo lanzar ni un grito.

El otro guardaespaldas señalado para morir recibió dos terribles golpes en los pómulos cuando iba por un pasillo penumbroso en compañía de una muchacha. No volvió a levantarse más; la chica, un testigo peligroso, fue también eliminada por el mismo salvaje procedimiento.

En cuanto a Percy y su amiga, aparecieron a la mañana siguiente abiertos en canal. El cuchillero que había hecho aquello era un cruel matarife. La habitación era un verdadero, un auténtico y estremecedor lago de sangre.

Todos los periódicos comentaron en grandes titulares los increíbles asesinatos. Inexplicable, porque se sabía que Percy era uno de los hombres mejor protegidos de San Francisco. En la ciudad no se habló, durante varios días, de otra cosa.

Pero «Nostradamus» no hizo comentarios. Antes del amanecer se limitó a pagar al capitán mercante tres mil dólares por cada chino.

—Los compro —decidió.

Los amarillos no cobraron nada.

Pero «Nostradamus» les aseguró que pronto serían ricos. Estaba preparando el golpe más fabuloso de la historia del Oeste.

Y los tres iban a tomar una parte esencial en él.

# CAPÍTULO II

Truman tenía establecimientos bancarios en todo California, pero la casa central estaba en Sacramento. Allí nació el negocio, diez años antes, y allí atendían Truman y sus socios a los clientes más distinguidos.

Mucha gente se preguntaba por qué Truman no se había ido a San Francisco, donde, al parecer, los negocios podían ser para ellos mucho más fructíferos.

Pero Truman no era tonto.

¿Para qué luchar con la enorme competencia de San Francisco, cuando en Sacramento tenía los mejores clientes entre los ganaderos y rancheros?

Por eso la clientela de Truman era principalmente de hombres con revólver al cinto.

Y casi todo el dinero que ingresaba procedía de la venta de ranchos o de grandes manadas conducidas desde muy lejos.

Los fondos se concentraban en Sacramento, desde donde Truman hacía envíos a sus sucursales necesitadas de metálico.

Algunos de estos envíos eran del orden del medio millón de dólares.

Y hasta entonces había tenido suerte, porque ninguno de sus carromatos sufrió ataques. Pero las cosas se iban poniendo cada vez más difíciles. Los pistoleros que hasta poco antes habían «trabajado» en Arizona y Nevada, se desplazaban hasta la sonriente California. Cada vez, las bandas eran más numerosas, mejor armadas y entrenadas, más implacables, más temibles.

Por eso, durante un tiempo, Truman y sus socios no se habían atrevido a hacer el envío que necesitaba la sucursal de Monterrey, la cual, caso de disponer de abundante dinero, podía hundir a la

competencia.

Por las cercanías actuaba la banda de Cobb, especializada en atracos bancarios. No podían exponerse a ponerle cerca de los dientes un bocado tan apetitoso.

Porque el envío que Monterrey necesitaba era nada menos que de un millón.

Y los socios de Truman, además de éste, tenían miedo. ¿Cómo enviar aquel dinero sin que nada ocurriese?

Truman había trabajado durante meses en aquello. Para él sólo había una solución.

Y decidió ponerla en práctica. Fue muy pocos días después de la hazaña de los tres asesinos amarillos.

—¡Disparad! ¡Disparad todos a la vez! ¡Fuego!…

La voz pareció erizar los cabellos de los cinco pistoleros, que estaban ya emborrachados por el plomo. Llevaban quince minutos disparando sin cesar. Ahora hicieron de nuevo crepitar sus armas.

Los aullidos del plomo estremecieron el aire. Como las anteriores, las balas chocaron contra la superficie metálica.

—¡Ahora, los rifles!

Pesados «Sharp» y livianos «Winchester 73» fueron manejados también durante largos minutos. El aire, cargado de pólvora, parecía haberse hecho irrespirable.

Al fin, la voz dijo:

—Bueno, basta.

Los pistoleros cesaron de disparar.

Todos se acercaron con curiosidad a aquel carromato que hasta entonces no les habían permitido tocar. Era como una diligencia, pero completamente hermética. Todo él estaba construido de gruesas planchas, como un acorazado. Y vieron que las balas, algunas de ellas de calibre pesado, no habían dejado en la estructura la menor huella.

El carruaje tenía cuatro ruedas iguales, de modo que podía sostener una perfecta estabilidad aunque no llevara caballos enganchados. Esas cuatro ruedas apenas resultaban visibles, porque también tenían protección metálica.

Uno de los pistoleros murmuró:

—Asombroso.

Y otro:

—Ni siquiera se notan los impactos de las balas.

—Había visto muchos carruajes blindados —dijo un tercero—, pero ninguno resistía una granizada como ésta.

El jefe de aquellos cinco hombres, especializados en proteger traslados de oro, salió un momento. Y volvió, trayendo con el mayor cuidado una caja de madera que colocó bajo las ruedas del carro, en el centro de éste.

Los pistoleros le miraban con curiosidad.

—¿Qué lleva ahí, jefe?

—¿Por qué tanto cuidado?

—Ni que fuera ropa interior de señorita.

—Si tuvierais sentido común os callaríais, imbéciles —masculló el jefe.

—¿Por qué? ¿Es que acaso eso es…?

—Claro que lo es. ¿Es que no lo habíais imaginado siquiera? Se trata de nitroglicerina.

—¿Y qué piensa hacer con ella?

—Hay seis recipientes. Se trata de la prueba suprema. Vais a ocultaros todos.

Así lo hicieron, protegiéndose tras algunos sacos de arena que —ahora lo comprendieron— habían sido puestos allí con aquel propósito.

El jefe también se parapetó.

Alzó con cuidado su rifle.

E hizo fuego al centro de la caja.

La explosión hizo que el techo del edificio se levantara. Menos mal que no había cristales, porque, de lo contrario, hubieran sido pulverizados. Las paredes de troncos temblaron, y dio la sensación de que no caían por verdadero milagro.

Las pruebas habían sido realizadas en un edificio a propósito, situado en una zona desierta, a bastante distancia de Sacramento. Ahora, ese edificio se llenó de humo. Los seis hombres tosieron como condenados, mientras lanzaban maldiciones en voz alta.

Pero cuando el humo se fue disipando a través de la puerta, vieron con asombro que el carro blindado se mantenía como antes. No sólo no había sido volcado por la fuerza tremenda de la explosión, sino que, además, estaba completamente intacto. El eje de las ruedas no había sido afectado. Las planchas metálicas

parecían no haber recibido ni siquiera una caricia.

En aquel momento entró en el edificio alguien más, que parecía haber estado esperando el final de la prueba.

Era un hombre más bien bajito, muy bien vestido, de unos cuarenta y cinco años.

El jefe de los pistoleros se volvió ceremoniosamente hacia él.

—Señor Truman… —saludó.

El banquero miró con evidente satisfacción todo aquello.

—He seguido todas las pruebas desde fuera —dijo—. Magnífico… Ha sido un éxito casi increíble.

—Véalo por sí mismo, señor Truman.

El banquero examinó uno por uno todos los detalles del carruaje.

—Veo que no me engañaron —dijo—. Es el vehículo más seguro que jamás ha rodado por el Oeste. Puedo confiar en él.

Y añadió, con voz velada por la emoción:

—Llevará hasta Monterrey nada menos que un millón de dólares…

## CAPÍTULO III

El *sheriff* Rolls sólo guardó su revólver cuando hubo llegado al departamento de celdas de su oficina, situada en el centro de la ciudad de Sacramento.

—Hala, entra —mandó.

El hombre que había llegado detenido hasta allí pasó al interior de una de las jaulas.

El *sheriff* cerró luego.

—Hum… Es la mejor caza que he hecho en mucho tiempo —masculló—. Ofrecen por ti nada menos que mil dólares. Van a venirme muy bien, te lo aseguro.

El hombre que ya estaba en el interior de la celda se sentó sobre el camastro.

Tenía los ojos grises como dos pedazos de plomo.

Sus facciones eran cuadradas, rígidas. Sus brazos, largos y fuertes. Se comprendía que un tipo como él tenía que resultar temible no sólo con el revólver, sino también a causa de sus puños, grandes como mazas.

Tenía sólo veinticinco años.

Y un bonito historial a sus espaldas. Un historial lleno de hombres con la frente atravesada y de enemigos tendidos para siempre en los más apacibles cementerios de California.

El *sheriff* Rolls murmuró:

—¿Algo que oponer?

—Yo llevaba doscientos dólares encima —murmuró el detenido —. Supongo que me serán devueltos si algún día salgo de aquí.

—¿Doscientos dólares? Tiene gracia, muchacho. ¿De dónde has sacado eso? Y aunque los tuvieras, serían para gastos de la administración de justicia. De modo que ya los has visto bastante.

Hala, al cuerno.

Y el *sheriff* Rolls se quedó tan tranquilo.

Volvió a su oficina, encendió un cigarro y miró con ojos complacidos uno de los pasquines que colgaban de la pared.

Lo leyó con deleite.

El cartel decía, en grandes letras rojas:

**JOHN SULLIVAN**
**Atracador, pendenciero y asesino**
**1000 dólares por su captura**,
**Vivo o muerto.**

Rolls lo tenía vivo.

Y también tenía los mil dólares, eso no iba a discutirle nadie.

Exhaló una lenta bocanada de humo y pensó en el momento de cobrarlos. Sólo tenía que dirigir una carta al gobernador. Dentro de una semana, antes de que Sullivan fuera juzgado, él ya los tendría en el bolsillo.

En aquel momento, alguien más entró en su oficina.

Era un hombre bien vestido, más bien algo bajo, con ese típico aspecto del que se siente muy seguro de sí mismo porque siempre ha tenido grandes cantidades de dinero para gastar.

Rolls hizo un instintivo gesto de respeto.

—Señor Truman… —murmuró.

El banquero tomó asiento ante él, sacó dos largos cigarros y se introdujo uno en la boca.

—Tire esa bazofia que está fumando, *sheriff* —dijo—. Éste sí que es un buen cigarro. Tenga, pruebe.

Rolls lo encendió.

Sabía que Truman fumaba el mejor tabaco de California, y esta vez la fama tampoco se vio desmentida.

Al cabo de irnos instantes, Truman murmuró:

—*Sheriff*, voy a hacer el transporte más importante de mi vida profesional. Trasladaré a Monterrey un millón de dólares.

Rolls palideció.

—Diablo, un millón…

—Contante y sonante.

—¿Para qué necesita tanto dinero su sucursal?

—Por la sencilla razón de que mis competidores no se atreven a trasladar allí tanto dinero, y si yo tengo efectivo, haré más operaciones que nadie y me convertiré en el dueño de la comarca.

Rolls asintió.

—Es un deseo muy razonable —dijo—. Yo, en su lugar, haría lo mismo, qué demonio.

—Pero existe un riesgo que los demás no van a correr.

—¿Teme que le roben?

—He oído decir que Cobb está por aquí.

—Cierto —confirmó Rolls—. Y yo, en su lugar, también temería.

—Por eso voy a pedirle que refuerce la vigilancia en todos los sentidos, *sheriff*. Necesito que las rutas estén bien protegidas. Naturalmente, yo llevo a seis hombres, pero toda precaución es poca.

Rolls exhaló otra placentera bocanada de humo.

Le convenía estar a bien con Truman porque éste pagaba bien. E iba ya a decirle que contara con él para todo cuando se oyó desde el departamento de celdas la voz de Sullivan.

—¡Eh, *sheriff*! ¡*Sheriff*!

Rolls se puso en pie.

—¿Qué te pasa, maldito?

—Quería hablarle de mis doscientos dólares.

—¿Qué demonios te ocurre con ellos?

—Usted ya va a ganar bastante cuando me entregue, Rolls. Pero los doscientos machacantes los necesito.

—¿Para qué?

—Quiero dejarlos en testamento.

—¡Vaya, hombre! Tiene gracia.

—Aunque usted se ría, hay una mujer a la que quiero salvar.

—Una mujer, ¿eh? Será una zorra.

—No tiene derecho a insultarla, *sheriff*.

—No hago más que decir la verdad. ¿Y qué le pasa a esa mujer?

—Está enferma. Necesita cuidados y buenos médicos. Los doscientos dólares los llevaba para ella.

—¿Vive en Sacramento?

—No. En Berkeley.

El *sheriff* se encogió de hombros.

—Bueno, ya hablaremos de esos doscientos —dijo—. Por el momento, aún no te han condenado a muerte.

Hizo un gesto de hastío y volvió a sentarse junto a Truman.

Éste murmuró:

—Tiene un preso protesten, ¿eh? ¿Quién es?

—John Sullivan.

—Infiernos… Es un pistolero de primera.

—Sí, sin duda. He tenido la gran suerte de atraparlo desprevenido. Debe ser cierto lo de esa mujer que dice, porque se disponía a comprar una medicina cuando le he clavado el cañón entre los riñones. Pero, en fin, ya no hay que pensar en él. ¿Qué me decía de sus hombres, señor Truman?

—Que tengo seis especialmente entrenados y que…

En aquel momento se oyó un disparo en la calle.

Los dos hombres se pusieron bruscamente en pie, como si los hubiera movido un mismo resorte. El disparo acababa de sonar casi junto a la puerta de la oficina. Vieron, incluso, a través de las junturas de ésta, la silueta de un hombre que se desplomaba sobre el porche.

Rolls sacó el revólver y se dirigió hacia el exterior.

Pudo ver al cadáver, porque casi tropezó con él. Estaba cruzado en la puerta. Era un hombre de unos veintidós años, que aún tenía el «Colt» entre los dedos. Y pudo ver al hombre que acababa de matarlo, ya que éste no trataba de ocultarse.

El *sheriff* palideció.

No le cabía duda de que aquello había sido un desafío cara a cara.

Aun así, tenía que detener al vencedor, porque los desafíos estaban prohibidos en su zona.

Pero el hombre que ahora tenía delante suyo, mirándole fijamente, no era como los otros. Era nada menos que… Cobb.

Rolls miró al famoso bandido, célebre, entre otras cosas, por su endiablada puntería, y empezó a preguntarse qué podía hacer para que se lo tragase la tierra.

Pero la tierra no se lo tragaba.

Los dos hombres se miraron a unos doce pasos, en la calle silenciosa, mientras el *sheriff* sentía que unas gotitas de sudor brotaban de sus sienes.

Cobb murmuró:
—¿Qué? ¿Va a detenerme, Rolls?
—Debo hacerlo.
—Muy bien, atrévase.
Rolls vaciló. Intentó buscar una salida para aquella situación que sólo podía terminar con su muerte.
—¿Le ha matado cara a cara? —preguntó.
—Sí.
—¿Le provocó él?
—Sí.
Rolls tragó saliva.
—Bueno, en ese caso… Pero le advierto que no debe volver a ocurrir, Cobb. Lárguese.
Cobb pudo haberle llamado cobarde, podía haberle dicho muchas cosas que ya tenía en la punta de la, lengua.
Pero no le convenía buscarse conflictos, de modo que dijo, encogiéndose de hombros:
—No volveré a meterme en líos, Rolls. De acuerdo, se lo prometo.
Y se largó de allí.
Rolls no intentó nada contra él, a pesar de que tenía el revólver en la mano.
Cobb era de esos tipos que tienen ojos en la espalda.
En aquel momento oyó hablar junto a él. Era una exclamación de rabia.
Truman había salido también, viendo el cadáver que estaba casi cruzado en la puerta.
—¡Infiernos, es Baxter! —mascculló.
Rolls se volvió hacia él.
—¿Quién es Baxter, señor Truman?
—¡Uno de los seis hombres de que le hablaba! ¡Uno de los que tenían que proteger el transporte del oro!
Rolls no supo qué decir. Y para salir de la embarazosa situación, hizo una pregunta estúpida:
—¿Por qué estaba aquí?
—Sin duda, venía a avisarme de algo. Quizá de la misma presencia de Cobb.
—Pero a Cobb no le ha gustado su aspecto y lo ha liquidado.

Demonios, la cosa no es agradable, señor Truman. ¿Qué sugiere que haga?

—Lo que debió haber hecho era liquidar a Cobb.

—Bueno, es que…

—Ya comprendo. Es más rápido que usted.

—Yo no estaba preparado y…

—Ese buitre ha olido la presa. Ha supuesto que voy a transportar el oro muy pronto.

—Sí, tal vez sí.

—El caso es que necesito otro pistolero. Necesito un hombre que sea, al menos, tan rápido como Baxter. —De pronto apretó los puños y gritó—: ¡Oiga, *sheriff*!

—¿Qué, señor Truman?

—Va a soltar a Sullivan.

—¿Cómoooo?…

—El es mejor de lo que Baxter era.

—Pero no puedo hacerlo. Está reclamado, y además…

—… Además, le significa mil machacantes, ¿no?

Rolls tragó saliva penosamente.

—Eso… Mil machacantes —bisbiseó.

—Vamos a hacer un arreglo, *sheriff*.

—¿Qué arreglo?

—Yo le doy los mil dólares que le iba a reportar la captura de ese fulano. Demasiado sé de qué pie cojea como «digno» representante de la ley. Y en cuanto tenga esa suma en el bolsillo, no habrá ningún inconveniente para que le suelte, ¿verdad?

—Ninguno… Ningún inconveniente.

—Pues trato hecho.

El *sheriff* arqueó una ceja.

—Pero usted hace mal negocio, señor Truman. Ha de desembolsar mil dólares ahora… y lo que le pague a él.

—A él no le pagaré nada. Con la libertad tiene bastante. ¿O no? Y piense otra cosa, Rolls: un banquero jamás hace malos negocios. A mí, un tipo de esa categoría me hubiera costado mucho más de mil dólares. Porque Sullivan es un pistolero de los que se cotizan, ¿entiende? Y ahora, basta. Suéltelo.

Rolls hizo un gesto de asentimiento.

Cuando volvió con el prisionero, ya Truman había firmado un

talón bancario al portador contra su propio establecimiento.

—Compruébelo, Rolls. ¿Está conforme?

—Desde luego que sí, señor Truman.

—Pues arreando.

Y el banquero se llevó al más temible pistolero que en aquellos momentos había en la ciudad.

Las instrucciones que le dio, mientras se dirigían al Banco, fueron bien claras.

Le devolvería los doscientos dólares que el *sheriff* le birló, incluso le daría algo más si las cosas salían bien.

Pero a cambio de eso —y de su libertad—, iba a tener que sostener una auténtica batalla con la muerte…

# CAPÍTULO IV

Sitio: la habitación más discreta del más lujoso hotel de San Francisco, el Claridge.

Hora: las doce de la noche.

Presentes: tres hombres amarillos y una sombra en la pared.

Porque, en efecto, de «Nostradamus» sólo se veía una sombra.

Era imposible saber en qué punto de la habitación se hallaba.

Las luces estaban todas dirigidas hacia los ojos de los tres amarillos, de tal modo que éstos apenas podían distinguir lo que había al otro lado de la habitación.

Sólo sabían que «Nostradamus» era un hombre alto, ya que su sombra así lo demostraba. Y que tenía mucho dinero, puesto que vivía allí.

«Nostradamus» bisbiseó:

—Voy a encargaros de un trabajo delicado, y que sólo vosotros podéis llevar a buen término. El botín es considerable: un millón de dólares. Vosotros cobraréis una parte que os dejará satisfechos.

Los amarillos asintieron.

Pero una lucecita astuta brillaba en sus ojos, una lucecita que «Nostradamus» notó.

—Si por vuestras indignas cabezas ha pasado el pensamiento de dar el golpe en provecho propio, os aseguro que pronto vuestras carroñas llenarán tres hermosas tumbas. No podréis ir a ninguna parte, porque mi poder alcanza a todos los rincones de este inmenso país. En cambio, si estoy satisfecho de vosotros, contaréis con mi protección. De modo que poned la máxima atención en lo que voy a deciros.

Les explicó con detalle, en primer lugar, las características del carro blindado que Truman había ensayado el día antes.

Por lo visto, «Nostradamus» había tenido ocasión de informarse bien, puesto que conocía todos los pormenores.

—Mi servicio de información es perfecto —terminó—. Nada falla en él.

A continuación dijo a los tres amarillos que, en su opinión, no había modo de forzar las puertas de aquel vehículo blindado, pero que tenía un plan para cuando todos los que lo protegían hubieran sido eliminados.

No dijo, de momento, en qué consistía ese plan.

Luego habló de quiénes eran los que iban a proteger la conducción del oro. Se trataba de seis hombres, uno de los cuales había muerto a causa del balazo de un pistolero llamado Cobb. Pero su sustituto era uno de los pistoleros más peligrosos de California. Se trataba de John Sullivan, un verdadero *gun-man*. Había que tener mucho cuidado con él.

—Claro que vosotros no le desafiaréis con el revólver —dijo—. Vosotros iréis eliminando a esos hombres uno a uno.

Los chinos asintieron.

Aquél era un lenguaje que entendían bien.

—Después de cada muerte recibiréis nuevas instrucciones —dijo —. Quiero saber si el banquero Truman se rinde o sigue hasta el fin. Y ahora ved lo que hay encima de esa mesa.

Los tres amarillos miraron.

Era un plano muy sencillo de los puntos por los que iba a pasar la diligencia y de los sitios en que se detendría. Los asesinatos deberían ser cometidos por las noches, cuando los vigilantes descansaran. Debería ser evitado cuidadosamente todo ataque a la diligencia mientras ésta se hallara en marcha.

No hacía falta conocer muy bien la comarca para seguir aquel plano, que era extremadamente claro y sencillo.

Por lo que se podía apreciar, la diligencia iba a hacer etapas muy cortas. Debido a la pesadez del blindaje, aquel vehículo no era fácil de arrastrar.

Sólo dando muy frecuentes descansos a los caballos podía llegar bien a su destino.

Todo aquello lo había dicho «Nostradamus» sin moverse de su sitio.

Para los tres amarillos seguía siendo una sombra que apenas

podían ver.

Al fin les indicó:

—El carruaje blindado saldrá mañana a las siete de la mañana. Vosotros no iréis a ver la salida, puesto que eso no os interesa nada. Esperaréis en el primer punto de parada, que es la ciudad de Macon. Allí empezaréis a actuar. Quiero un hombre muerto cada noche.

Los tres asintieron.

—Y ahora…, ¡fuera!

Los amarillos se dirigieron a la puerta. Se movían como autómatas, como si fueran un solo hombre. Cuando hubieron salido, «Nostradamus» salió también del rincón en que había estado medio oculto hasta entonces, y se despojó de la capa negra que le cubría.

Entonces abrió otra puerta, que daba a la habitación contigua.

Alguien le esperaba allí.

Muchos hombres se hubieran desmayado literalmente al ver a Leticia Fereman de aquella manera. Al verla con aquel vestido tan ligero, en aquella pose tan sugestiva, medio tendida en el diván, con una pierna sobre la otra, esperando.

La mujer más bonita —y más cara— de San Francisco, se le quedó mirando fijamente.

—Has tardado, cariño —susurró.

—Un fastidioso asunto de negocios.

—Pero tonto…, ¿no soy yo el mejor negocio que tienes?

—El único que me produce unas pérdidas fabulosas —dijo él, mientras reía.

Se acercó al diván y besó a la hermosa mujer en la boca. La besó ansiosamente.

Y ella bisbiseó (cuando pudo hacerlo):

—Fiera…

## CAPÍTULO V

John Sullivan acabó de redactar aquella sencilla carta y la firmó antes de doblarla.

La carta decía:

> «Querida Anna:
>
> Creo que por fin voy a conseguir el dinero necesario para que te pongas bien y no te falte absolutamente nada. Tuve un contratiempo al llegar a Sacramento, pero ahora ya está superado. Cuento con libertad y con un trabajo magnífico: escoltar hasta Monterrey a un carruaje blindado que transporta dinero. Supongo que, cuando todo termine, me pagarán lo suficiente para poder ayudarte. Ten un poco de paciencia, Anna. Muy pronto volveré a estar contigo otra vez».

John firmó.

Dobló la carta y la introdujo en un sobre, en el que escribió una dirección de Laredo. Luego se dirigió a la casa de postas, de la que estaba a punto de salir la diligencia.

—Hola, amigo —dijo al mayoral.

Éste conocía a John Sullivan.

Hizo un gesto en el que se mezclaban la sorpresa y la desconfianza.

—¿Qué hay? —murmuró—. Oí decir que le habían detenido,

Sullivan.

—Sí, pero no encontraron pruebas contra mí.

—Vaya, vaya… Pues haría falta estar ciego… En fin, me alegro de que le hayan sacado de la jaula, Sullivan. Usted no es un mal bicho como Cobb y otros muchos que andan por aquí, y con los que nadie se atreve. Y ahora dígame: ¿qué quiere? Si va a asaltar la diligencia, le aseguro que no llevamos nada que valga diez dólares.

—Nunca he asaltado una diligencia.

—Era broma. ¿Qué se le ofrece, Sullivan?

—Quiero que lleve esta carta a Laredo.

—Con mucho gusto. Es medio dólar.

Sullivan pagó y se despidió del mayoral.

Había amanecido apenas una hora antes, y algunas sombras aún se proyectaban sobre las calles de Sacramento.

Se dirigió hacia el Banco de Truman.

Otros cinco hombres estaban allí, en el patio posterior, cuidadosamente vallado. Y allí se encontraba el vehículo que había de llevarles hasta Monterrey con su valiosa carga.

Todos miraron a Sullivan con curiosidad.

Habían oído hablar de él, pero no le habían visto nunca. Debieron preguntarse si era tan bueno como la gente decía. Sullivan se limitó a saludarles —ya iban a tener tiempo de conocerse bien luego, durante el viaje— y luego se fijó en el vehículo.

Éste recordaba a algo que no sería descubierto y usado hasta treinta y cuatro años después: un tanque.

Puede que su aspecto fuera algo grotesco, pero sin duda se trataba de un vehículo eficaz. No se adivinaba por dónde demonios podía abrirlo uno.

Truman lo miraba también.

Parecía muy satisfecho con aquel invento exclusivamente suyo, y mediante el cual había convencido a sus socios de que se podía transportar a Monterrey sin peligro alguno todo el dinero que se quisiera.

—Ya está cargado —indicó a sus hombres—. Dentro van dos agentes míos y el dinero. No saldrán hasta el primer descanso, dentro de cuatro horas. El jefe de la expedición es Conan, que lleva marcada la ruta.

Conan estaba al pescante. Iba a ser el único conductor del

pesado carruaje.

Hizo un gesto de asentimiento como si indicara: «Podéis confiar en mí, muchachos».

Del vehículo tiraban seis caballos.

Y seis hombres —entre los cuales estaba Sullivan— lo vigilarían desde fuera.

—Dos iréis delante, en descubierta —indicó Truman—. Otros dos flanquearéis el vehículo, y los últimos iréis detrás, a cosa de media milla. No quiero que ese orden sea variado. ¿De acuerdo?

Todos asintieron.

—La noche será un momento peligroso —siguió Truman—. Por eso, todos los puntos que he elegido para descansar tienen buenos patios con empalizada para dejar el carruaje dentro. Dos de vosotros velaréis durante la noche, por turno, para que nada suceda. Los dos que van dentro dormirán en el interior, con el vehículo cerrado. La ventilación la recibirán por medio de una abertura controlable en el techo. No hay que preocuparse por eso.

Hizo una seña para que todos montaran en los seis caballos que ya aguardaban en el patio, aparte de los que estaban sujetos al carruaje.

Sullivan se dio cuenta de que eran magníficos corceles. Con ellos se podía llegar a cualquier parte, pero no así con los que tiraban del vehículo, que se cansarían muy pronto.

Era de esperar que no sufrieran ninguna persecución ni tuvieran que hacer rápidas galopadas, porque no lo resistirían.

Truman gritó:

—¡En marchaaaa!…

Los seis hombres dirigieron sus corceles hacia la puerta de la alta empalizada que cerraba el patio.

Dos empleados la estaban abriendo.

El vehículo salió pesadamente, entre los gritos del mayoral, que excitaba a los caballos para que no se extrañasen ante aquella carga, muy superior a la que estaban acostumbrados a arrastrar. El patio daba casi directamente al campo, de modo que sólo tuvieron que recorrer una calle muy corta para encontrarse en la llanura, desde la cual buscaron el camino de Monterrey.

Nadie, o casi nadie, les vieron. Al menos, eso creyeron los que salían.

Porque desde una de las ventanas más altas del hotel, Cobb, el pistolero que en aquellos momentos disponía de la banda más temible de California, acababa de observar la salida.

—Perfecto —murmuró—. Perfecto…

El también había hecho un acuerdo con «Nostradamus».

El tenía que dar el golpe final, pero cuando la vigilancia hubiera sido eliminada.

«Nostradamus» se lo había dicho: «Morirá un guardián cada noche».

Y Cobb no sabía quién era el que tenía que eliminarlos, pero daba por descontado que «Nostradamus» haría las cosas bien.

Tampoco le había visto la cara jamás.

¿Pero qué importaba?

Anotó cuidadosamente la hora de salida. Luego se volvió hacia el interior de la habitación, donde estaba otro de sus hombres.

—Avisa a los demás —dijo—. De momento, nos limitaremos a seguir la ruta, pero hay que empezar ya el trabajo…

Durante el primer día de viaje, nada ocurrió.

El pesado vehículo avanzaba a una velocidad ridícula, lo que hacía que todos los adelantasen. La gente miraba aquel armatoste con curiosidad, pero nadie se detenía a hacer preguntas.

Entre los que les adelantaron, figuraban algunos hombres del *sheriff* Rolls.

Éstos tenían por misión eliminar a gente sospechosa del camino, hasta llegar a los límites del condado. Allí se desentenderían de la cuestión.

Macon aún estaba dentro de los citados límites.

Se trataba de la ciudad en que iban a pasar la primera noche. Era poco más que un caserío con una casa de postas bastante grande. Las diligencias solían cambiar los tiros allí.

El carruaje entró en el patio de la casa de postas, que estaba provisto de una alta empalizada.

Ya sé había recibido aviso, de modo que todo estaba dispuesto. En el patio no había nadie que pudiera estorbarles.

Aún era pleno día.

Con un carruaje ligero no hubieran descansado allí, limitándose a cambiar de caballos. Pero Truman había preferido hacer etapas cortas, para que los hombres que estaban en el interior no llegaran

a cansarse demasiado. Ellos eran los que, en último extremo, tenían que resistir hasta el fin, si el vehículo era capturado.

Sullivan los vio bajar.

Y vio entonces cómo se abría el carruaje. El sistema de planchas abatibles era muy ingenioso. Daba la sensación de que aquello no podía forzarlo nadie.

Los dos hombres del interior iban armados de rifles.

Bebieron un poco de licor y luego se encaminaron hacia donde pudieran satisfacer unas necesidades que hasta entonces habían controlado a la fuerza.

Mientras tanto, los otros seis hombres, además del mayoral, siguieron en el carruaje.

Cuando los de dentro regresaron, el grupo se disolvió. Los guardianes interiores habían vuelto a su puesto, tras cenar frugalmente. De los otros seis, cuatro fueron a cenar y a descansar dentro. Dos montaron el primer turno de guardia externa.

Sullivan no figuraba entre éstos.

A él le correspondía despertar a las cuatro de la madrugada, hora en que pasaría a hacer guardia con otro compañero.

Conan, el mayoral, era el jefe de la expedición.

El era quien establecía los turnos de guardia.

Se trataba de un hombre experimentado y buen conocedor de la ruta. Con el rifle era temible, y no lo dejaba en ningún momento. Parecía como si en cualquier instante estuviera dispuesto a dejar muerto a alguien.

El hombre que había de entrar de guardia a las cuatro, con Sullivan, se llamaba Less.

Era un buen muchacho, que en otro tiempo estuvo de ayudante de un *sheriff*. Pero tiraba demasiado bien para resignarse a ganar un sueldo miserable, y había entrado a trabajar como guardaespaldas y protector de Truman, exclusivamente para lo que se refería a los asuntos de su Banco. Y hasta ahora no podía decirse que le fuera mal.

Éste era su primer trabajo importante.

Hasta entonces, la vida con Truman había sido bastante tranquila.

Sullivan y él se acostaron en habitaciones separadas, pues parecía más seguro que los de la guardia sólo se encontraran en el

momento de entrar de turno.

Y se dispusieron a dormir tranquilamente, aprovechando las horas al máximo.

Sullivan durmió de un tirón.

Hacía mucho tiempo que no descansaba en una cama de verdad, pues hasta entonces había tenido que dormir en la pradera, vigilando siempre para no ser capturado.

A las cuatro menos diez, su instinto le despertó.

Su cerebro era como un reloj que siempre funcionaba exactamente.

Se vistió, procurando no despertar a su compañero, y fue a la habitación de Less. Éste ya no estaba en la cama. Allí sólo encontró a su compañero, roncando estrepitosamente.

Sullivan le despertó.

—Eh, tú…

El otro se incorporó de un brinco, echando mano al revólver que tenía bajo la almohada.

—¿Quién es? ¡Manos arriba o disparo!

—No tanta prisa, burro, no tanta prisa.

El pistolero despertó del todo, vio a Sullivan y se tranquilizó.

—Ah, perdona; creí que era mi mujer.

—¿A tu mujer la asustas con un revólver?

—No, pero probaba suerte.

—¿Dónde está Less?

El pistolero miró, desorientado, a un lado y a otro.

—Pues… no lo sé. Ha debido salir. ¿Entraba de guardia contigo?

—Sí.

—Entonces ha debido ir a remojarse la cara un poco. Mira en el patio delantero.

Sullivan pensó que el otro tenía razón.

Less debía haber ido a despejarse un poco con un chorro de agua antes de entrar de guardia.

Dejó que el pistolero durmiese de nuevo y se dirigió al patio delantero, como el otro le había indicado. Tuvo que atravesar para eso un largo pasillo, a cuyos lados había puertas que daban a silenciosos almacenes.

Desde una de las ventanas miró al patio.

No se veía a nadie.

Más extrañado cada vez, fue a volver de nuevo por el camino que había recorrido.

Y en ese momento intuyó la muerte. En ese instante supo que estaba viviendo tal vez los últimos segundos de su existencia.

El cuchillo voló hacia él.

La hoja metálica avanzó con tal velocidad que no pudo ni verla. Únicamente la adivinó. Fue como si le salvara ese sexto sentido que llegan a tener los que siempre han vivido entre peligros.

Logró desviarse en la última décima de segundo.

El cuchillo le rozó, trazando una línea sangrienta en su costado. Iba dirigido a su corazón y sólo le acarició las costillas.

Sullivan tendió la mano derecha.

Pudo sujetar un cuerpo delgado, sinuoso, que inmediatamente se apartó de él.

No se había producido el menor sonido.

Todo se desarrollaba en silencio, como una lucha de reptiles.

Sullivan apenas pudo distinguir a su enemigo, porque éste iba vestido de negro.

Lo único que destacaba en él era la mancha algo más clara de su rostro, una mancha que el joven hubiese jurado era de color amarillo.

Sullivan no llevaba aún revólver, pues sólo se había levantado para despertar a su compañero.

El otro lo vio enseguida. Y se lanzó a fondo contra un enemigo que consideraba indefenso.

Era un verdadero mago con el cuchillo. Sullivan lo comprendió cuando esperaba la hoja de acero por un lado y le llegó por el otro.

Sólo su endiablada agilidad le salvó de nuevo. Esta vez, el cuchillo se le llevó por delante parte de la camisa. Una nueva línea sangrienta se marcó *en* su cuerpo, esta vez en el tórax.

Su enemigo lanzó una maldición en un idioma desconocido para él.

Ahora se daba cuenta de que era un chino.

Cambió el cuchillo de mano con una velocidad fulgurante. Sullivan ni siquiera pudo seguir con la mirada aquel movimiento.

Pero no esperó a que el ataque se produjera. Esta vez atacó él. Si su adversario era un temible cuchillero, él tenía unos puños que parecían fabricados con granito y con plomo.

Los disparó a la vez, puesto que el chino estaba cerca.

Le alcanzó de lleno y se oyó un crujido de huesos. El cuchillo que el otro empuñaba resbaló de entre sus dedos.

Habían sido dos golpes de los que dejan K. O. a un tigre. El chino se tambaleó. No pudo evitar que el tercer golpe llegara hasta su mandíbula.

Fue un *uppercut* de los que no perdonan.

El chino salió volando por la ventana que tenía a su derecha, como si le hubiera empujado un vendaval. Segundos más tarde se había estrellado contra las losas que había en aquella parte del patio, de viejo estilo colonial español.

Sullivan no necesitó oír el chasquido sordo de su cráneo al abrirse.

Supo que estaba muerto cuando el otro aún se hallaba en el aire. Aquellas losas de piedra le destrozarían aunque sólo hubiera caído desde la altura de un primer piso.

El ruido hizo que despertaran los de las otras habitaciones.

Uno de los pistoleros, llamado Evans, acudió a toda velocidad, sujetándose los pantalones con una mano y empuñando el revólver con la otra.

—¡Sullivan! ¡Maldita sea! ¿Qué ha ocurrido?

—Sólo una cosa: creo que han matado a Less.

—¿Qué dices?

—Trae un farol y lo veremos.

Varios quinqués de petróleo aparecieron casi inmediatamente. Las puertas que daban a los almacenes fueron abiertas.

Less estaba en el suelo de uno de ellos.

Muerto de una certera puñalada al corazón. Le habían cazado implacablemente por la espalda.

Ahora, todos los pistoleros de Truman estaban en pie.

Ninguno de ellos comprendía lo ocurrido. Estaban habituados a los tiroteos más salvajes, pero no a los silenciosos asesinatos por la espalda. Necesitaron tocar a Less para convencerse de que estaba muerto.

—¿Pero por qué? —masculló uno de ellos—. ¿Quién diablos ha hecho eso?

Sullivan señaló a través de la ventana.

—Creo que ahí tenéis al autor —dijo—. Ha intentado hacer lo

mismo conmigo.

Descendieron al patio para ver el cadáver. A ninguno de ellos le resultó familiar aquel rostro amarillo.

—¿Pero quién demonios es ése?

—¿De dónde ha salido?

—No lo sé —dijo Sullivan—, pero me temo que esto no lo ha hecho por casualidad. Y que no está solo en este negocio.

Nadie contestó.

El cadáver de Less fue enterrado en el pequeño cementerio de Macen, apenas acabado de amanecer. Y con las primeras luces del alba, el carruaje blindado siguió su camino hacia Monterrey.

Un grupo de hombres observó atentamente su marcha. Eran los pistoleros de Cobb, que estaban medio parapetados tras un edificio en ruinas, a dos millas de distancia.

Pero había alguien más.

Dos chinos vestidos de negro supieron que su hermano de raza había ido a reunirse con los antepasados. Pero no lo lamentaron excesivamente.

Sabían que sería vengado. Y pronto…

# CAPÍTULO VI

Al mediodía siguiente estaba previsto que hicieran un alto en el rancho de Piberman. El ranchero era un buen amigo de Truman, y por consiguiente, un hombre de confianza. Mientras estuvieran en su casa podían considerarse seguros.

Por eso había sido decidido que comerían allí y descansarían durante un par de horas.

Pero al acercarse tuvieron la primera sorpresa. El rancho de Piberman había sido destruido por un incendio. No se veían más que pavesas humeantes en la llanura pelada cuando alcanzaron las inmediaciones. Piberman vivía con su mujer y con cinco empleados, ya que el rancho no era grande. Total, siete personas. Y contaron siete cadáveres.

Sullivan, que iba delante, fue quien los vio primero.

Hizo un gesto, alzando la mano, para que se detuvieran los demás. El carruaje hizo alto. Todos se acercaron, olvidando las precauciones y las órdenes recibidas.

Truman había indicado que debían ir dos hombres en vanguardia.

Pero ahora sólo iba uno —Sullivan—, porque el otro Less estaba enterrado en Macon.

Eran cinco los que protegían el carruaje blindado. Y los cinco se apelotonaron, olvidando que así podían ser abatidos por una sola andanada de rifles.

Pero nadie disparó contra ellos.

La llanura se extendía ante sus ojos, interminable, desierta.

Conan, el mayoral, masculló:

—Esto ha sido obra de una cuadrilla bien organizada.

—Sí, pero ¿qué cuadrilla?

—Sólo puede ser la de Cobb.

—¿Y por qué iban a hacer esto?

—Sabían que nosotros íbamos a pasar por aquí.

Sullivan hizo un gesto de duda.

—Creo que, en efecto, han sido los hombres de Cobb, pero no por nuestra causa.

—¿Ah, no?

—El dueño de este rancho fue testigo de cargo contra algunos de los hombres de Cobb. Es posible que éste haya decidido vengarse.

—Y es probable también que quiera atrapamos aquí —opinó Conan—. La banda de ese granuja es una de las más numerosas de California.

Sullivan pareció aspirar el aire quieto. El sol estaba alto y proyectaba con dureza sus rasgos. Observó que los rancheros llevaban muertos, al menos, tres horas.

Tiempo suficiente para que ocurriera algo que, sin embargo, no sucedía.

Y fue ese pensamiento el que pasó como un rayo por su cerebro. Fue eso lo que le hizo gritar:

—¡A tierraaa!…

Todos se lanzaron de sus caballos como un solo hombre. Y fue eso lo que les salvó, porque, de lo contrario, hubieran caído también de las sillas, pero esta vez para siempre.

Había alguien oculto en el interior del rancho, entre las pavesas humeantes y las paredes semiderruidas, que, sin embargo, servían para tapar a los hombres.

Cuatro de éstos les estaban aguardando.

Dispararon a la vez, pero el inesperado gesto de sus enemigos, al saltar de los caballos, les desorientó. Las balas pasaron altas.

Sullivan gritó:

—¡A cubierto!…

Sólo podían ocultarse tras los cadáveres, puesto que estaban en el lugar ideal para una emboscada. Y así lo hicieron. Los caballos se dispersaron inmediatamente, relinchando. Los que les habían estado aguardando en el interior del rancho comprendieron que había fallado la sorpresa, sin la cual no conseguirían nada.

Pero ya no podían moverse de allí. Tenían sus caballos ocultos a cierta distancia. No les quedaba más remedio que luchar.

Sullivan hizo gala de su fuerza hercúlea.

Oculto como estaba tras uno de los cadáveres, lo arrastró con la mano izquierda mientras disparaba con la derecha.

De ese modo cambiaba de posición sin dejar de estar a cubierto. Dos de sus enemigos se dieron cuenta de la maniobra y concentraron el fuego sobre él. Pero ya era demasiado tarde.

El joven los cazaba de flanco.

Disparó de nuevo, alcanzando a uno de ellos en la cintura. Alzó los brazos al cielo y cayó de espaldas, hasta quedar quieto sobre una de las pavesas humeantes. Sus ropas empezaron a quemarse, pero él ya no sentía nada.

Los otros tres intentaron huir.

Eran unos perfectos asesinos cuando se trataba de tirar por la espalda, pero no tenían temple para resistir un combate cara a cara.

Cuando se retiraban, fueron alcanzados por los rifles de los demás. Unos segundos después habían caído materialmente acribillados. Y el silencio —un silencio cargado de muerte— volvió a hacerse sobre la llanura.

Los pistoleros se fueron poniendo en pie.

Sus facciones aún reflejaban incredulidad, asombro.

Pero tenían suerte, porque ninguno de ellos sufría ni un rasguño, a pesar de lo mortal que podía haber sido la trampa.

Evans murmuró, mirando a Sullivan:

—¿Cómo demonios lo has notado?

—Por una cosa muy sencilla, pero no me he dado cuenta al principio.

—¿Qué cosa?

—Los buitres. Esos cuerpos llevaban al menos tres horas ahí. Era tiempo más que suficiente para que los buitres empezaran a planear. Sin embargo, no se veía ninguno. ¿Qué significaba eso? Que hasta poco antes de llegar nosotros, habían notado movimiento aquí. Los buitres son los animales más desconfiados que existen.

Evans masculló:

—Buena deducción. No había caído en eso.

—Lo malo era que íbamos a «caer» todos —dijo Conan—. Pero de otro modo.

Y avanzó hacia los cadáveres.

Los cuatro tenían ese aspecto entre desgreñado y pendenciero

que durante años fue característico de un cierto tipo de asesinos del Oeste. En vida habían sido profesionales dispuestos a cualquier cosa. Ahora no eran más que muñecos rotos en el suelo, sucios despojos que pronto atraerían la atención de los buitres.

Sullivan murmuró:

—Vamos a enterrarlos.

—¿Pero para qué?

—No me gusta dejar a los muertos así.

—Lo dices por los del rancho, ¿no?

—Exactamente. Ha sido un bárbaro asesinato. Y no es justo que, encima, acaben siendo devorados por las alimañas.

Conan hizo un gesto afirmativo.

—Bien. Abriremos una fosa.

De los cinco, tres se pusieron a trabajar y dos siguieron vigilando. El mayoral, Conan, y los dos que estaban dentro del carruaje, estiraron las piernas un poco. Los de dentro, además, empezaban a necesitar de verdad un poco de aire fresco.

Cuando todos los cuerpos estuvieron alineados en el fondo de la fosa, Sullivan murmuró:

—¿Seguro que son de la banda de Cobb?

—Yo conozco a uno de ellos —dijo Evans—. Sí… Ese tipo de la derecha llevaba al menos dos años trabajando para Cobb.

—Eso indica que sabe por dónde vamos y que quiere apoderarse del dinero. La verdad es que ésta ya ha estado a punto de conseguirlo bien fácilmente.

—Nos pudieron haber aniquilado a todos —dijo Evans—. Es cierto. Un poco más y…

Sullivan miró al vacío, donde no se distinguía ni un alma. La llanura, salpicada de árboles aquí y allá, parecía por lo demás un desierto.

—Lo intentarán otra vez —dijo—. Las cosas no han hecho más que empezar. Pero lo peor es que no se trata de Cobb solamente…

# CAPÍTULO VII

En efecto, no era sólo Cobb.

Dos hombres que tenían ropas negras y caras amarillas habían llegado hasta un apartado lugar llamado Fuerte Riley. Aquel sitio, Fuerte Riley, fue un punto clave en las primeras luchas contra los indios de California. Pero ahora ya no tenía ninguna utilidad y estaba completamente abandonado. Los hierbajos crecían en lo que había sido campo de instrucción, y las empalizadas estaban ya medio derruidas.

Seguía siendo, sin embargo, un sitio ideal para concertar una cita secreta.

Porque en aquel lugar parecía como si solamente habitaran los fantasmas.

Los dos chinos montaban muy bien, pero no como los vaqueros, que no habían hecho otra cosa en su vida. Cuando llegaron ante Fort Riley, no sólo había caído la noche, sino que la luna estaba muy alta.

Su resplandor lo iluminaba tétricamente todo.

Entrar en Fort Riley era como penetrar en un cementerio.

Los dos chinos atravesaron el portalón donde no había centinelas desde quince años antes. Miraron desconcertados lo que habían sido almacenes, acuartelamientos, cuadras para la caballería.

La voz llegó silbante hasta ellos. No supieron de dónde procedía.

—Bien… Os dije que en caso de ocurrir algo grave, nos encontraríamos aquí. ¿Qué ha sucedido?

Vieron la sombra de su jefe en una de las paredes. Aquella extraña sombra de «Nostradamus», que parecía no tener existencia real.

Uno de ellos murmuró:
—Nuestro amigo ha muerto.
—¿No tenía que liquidar a uno de los guardianes?
—Y lo hizo, pero luego fue liquidado a su vez.
—¿Por quién?
—Esos hombres cuentan con un elemento muy peligroso. Es un antiguo pistolero. Creo que se llama Sullivan.
—Sullivan…
—Ése no sólo se salvó cuando debía haber muerto, sino que, además, acabó con nuestro amigo.
Se produjo un momento de silencio.
«Nostradamus» parecía meditar sobre aquella situación, para él desconcertante.
Conocía a Sullivan, claro, pero no creía que fuera capaz de vencer a uno de aquellos asesinos amarillos, así como tampoco a los pistoleros profesionales de Cobb.
Al fin, susurró:
—¿Dónde está ahora?
—Sigue con el carro blindado.
—Sólo quedan cinco hombres y el mayoral, ¿no?
—Eso es: cinco hombres. El mayoral no creemos que sea tan peligroso, aunque siempre vaya con el rifle en la mano. Pero también hay que contar con los dos de dentro.
Hubo otro silencio, porque «Nostradamus» parecía reflexionar sobre aquella situación que, sin embargo, ya conocía.
Su sombra se deslizó unos momentos por las viejas paredes y luego volvió a oírse su voz:
—Bien… De todos modos, no se ha perdido gran cosa. ¿Hacia dónde se dirigen ahora?
—Hacia aquí.
Por el estremecimiento de la sombra de «Nostradamus» fue fácil adivinar el asombro que sentía.
—¿Aquí? Eso es absurdo… Este punto no lo tenían marcado en la ruta.
—Lo sabemos —dijo uno de los amarillos—, pero han cambiado de rumbo, de eso no hay duda. Dan un rodeo enorme y se dirigen hacia aquí. Seguramente piensan que así desorientarán a cualquiera que los persiga.

—Pero esa orden no se la habrá dado Truman…

—Quizá obran por su cuenta. Debe ser el mayoral el que ha decidido desviarse.

—¿Pero por qué?

Uno de los chinos rió.

—Debe ser porque a nadie le gusta morir —dijo—. Y piensan que aquí estarán más seguros.

«Nostradamus» había tomado ya una decisión.

—Seguiremos con nuestro plan primitivo —murmuró—. Sí, no hay por qué variarlo… Si vienen hacia aquí, mejor que mejor. Éste es un sitio ideal para una emboscada. Uno de vosotros se quedará. El otro aguardará en Deadwood. Echadlo a suertes.

Los dos amarillos se miraron un momento.

Fue el estrangulador el que decidió quedarse.

Aquél le parecía el sitio ideal para caer sobre un hombre por la espalda. No fallaría.

Cuando los dos chinos se entendieron con los ojos y dejaron de mirarse, volviendo las caras hacia donde estaba «Nostradamus», tuvieron la sorpresa de ver que ya había desaparecido.

Su sombra no se recortaba más sobre las viejas paredes. Parecía como si se lo hubiera tragado la noche.

A los dos amarillos no les gustaba todo lo que aquello tenía de aparente brujería. Pese a su raza, eran dos hombres prácticos, tan prácticos como cualquier americano.

A ellos les gustaban las cosas claras y los muertos bajo tierra.

Pero, en fin, las órdenes estaban ya dadas. Uno de ellos se quedaría esperando al carro blindado.

El otro hizo un gesto y desapareció, dando la vuelta al viejo fuerte. Poco después, también se lo habían tragado definitivamente las sombras.

El mayoral Conan señaló aquella mancha oscura que se distinguía ya en la distancia y gritó:

—¡Fort Riley!

Las viejas empalizadas se destacaban cada vez con más claridad, conforme avanzaban hacia ellas. Todo daba una triste sensación de desolación y de ruina. Parecía como si en veinte años no hubiera pasado por allí un ser humano.

Claro que, caso de ser de día, hubieran podido ver sobre la tierra

las huellas recientes de unos caballos. Pero por la noche apenas veían dónde pisaban sus corceles, de modo que, pese a la claridad lunar, ese detalle les pasó inadvertido.

Además, estaban reventados, sobre todo los caballos que tiraban del pesado carruaje.

Habían hecho veinte millas más de las que les correspondía para llegar hasta allí, donde, según el mayoral, pasarían más seguros la noche.

Evans se acercó al pescante y murmuró:

—Oye, no me gusta esto…

—¿Por qué?

—Tiene un aspecto…, no sé… Siniestro.

—Porque es un fuerte abandonado. Pero ten por seguro que nadie nos habrá seguido hasta aquí. Correremos menos peligros que en cualquier sitio de la ruta donde ya pudieran estar esperándonos.

—Después de lo ocurrido en Macon y en aquél rancho, ya no te fías de nadie, ¿eh?

—De nadie, muchacho. Estoy seguro de que alguien conoce nuestra ruta. Pero que yo me vuelva calvo si no los despisto.

En aquel momento llegó una ráfaga de viento huracanado.

Las viejas empalizadas crujieron. El sombrero del mayoral, Conan, voló por los aires…, y con él voló también algo más: su peluca. Todos vieron entonces que la cabeza de Conan era en realidad más pelada que una bola de billar.

Pero no lo tomaron como un mal presagio.

Al contrario, todos lanzaron una brutal carcajada.

Los puestos de guardia habían sido distribuidos.

Tras cenar frugalmente y fumar un cigarrillo, los hombres se dispusieron a pasar la noche. Los dos del interior del carruaje dieron unas vueltas al patio para estirar las piernas y luego volvieron a meterse en la caja blindada, que cerraron herméticamente. Como solo podía abrirse desde dentro, todo aquello ofrecía condiciones de máxima seguridad.

Los otros hombres eran seis en total, contando al mayoral Conan.

Uno se situó en lo alto de la empalizada, viendo lo que podía de la llanura; otro, junto al carro blindado, y los otros cuatro, se tumbaron a dormir en un barracón cercano.

Los turnos de guardia serían cambiados cada dos horas.

En aquel lugar ya no quedaban ni ratas, porque los coyotes habían hecho una buena limpieza de ellas. El peligro estaba en algún escorpión o alguna serpiente, pero los que dormían estaban tan cansados que decidieron olvidarse de eso.

El que estaba de guardia en lo alto de la empalizada era Evans.

Con el rifle bajo el brazo, paseaba por donde antaño pasearon los soldados que husmeaban un ataque indio. Las maderas crujían y estaban a punto de hundirse, pero él no pensaba en eso. Vigilaba la llanura, bañada por la luz de la luna, esperando y temiendo a la vez ver acercarse a alguien.

Pero el peligro no estaba allí.

Evans no había visto la sombra sinuosa que se deslizaba por la parte externa de la empalizada, sujetándose a los viejos troncos. El amarillo que se había quedado allí demostraba la agilidad y la astucia de un zorro.

A unos tres pasos de Evans, saltó la empalizada.

No hizo el menor ruido.

Evans estaba en aquel momento de espaldas y no pudo ver lo que ocurría. Ni siquiera lo adivinó.

Aquella especie de gato gigante saltó sobre él.

Evans no tuvo tiempo ni de gritar.

Los dedos implacables, parecidos a nudos de acero, se cerraron sobre su cuello. Las vértebras cervicales produjeron un chasquido.

A aquel diablo amarillo le bastaban unos segundos para matar a un hombre con aquel método.

Todo el cuerpo de Evans se arrugó.

Cayó flácidamente sobre las tablas, sin que en él quedara ya un hálito de vida.

Pero el peso de su caída fue superior a la resistencia de aquellas tablas carcomidas. Algunas de ellas cedieron, y parte del pasillo superior se vino abajo. El chino saltó ágilmente al otro lado de la empalizada.

Sullivan, en el barracón, no había cerrado los ojos aún, porque presentía algo.

Estaba convencido de que, pese a las razones de Conan, aquel sitio no era bueno para pasar la noche. Sí, a pesar de todo, alguien los había seguido, tendrían más de una sorpresa desagradable.

Alzó de pronto la cabeza, al oír aquel ruido.

Salió del barracón con el revólver en la mano. Vio que el centinela situado junto al carromato también se había puesto en pie.

—¿Qué pasa, Ross?

El centinela se encogió de hombros.

—Para mí que Evans se ha roto la crisma.

—Voy a ver.

—Te advierto que no ha gritado…

Fue eso lo que precisamente convenció a Sullivan de que algo terrible había sucedido. Un hombre al que el suelo cede bajo sus pies está media hora lanzando maldiciones. Pero no dice ninguna maldición si, cuando el suelo se hunde, él ya está muerto.

Corrió hacia el lugar donde Evans tenía su puesto de vigilancia.

Y entonces lo vio. El joven tenía la cabeza torcida de un modo tan grotesco que no resultaba nada difícil adivinar la causa de su muerte. Le habían roto el cuello con sólo dos hábiles movimientos.

Nadie más parecía haberse alarmado.

Sullivan era el único que seguía la pista del posible asesino.

Corrió hacia la puerta y entonces oyó el trote de un caballo. El matador de Evans se alejaba.

Bueno, eso era lo que creía Sullivan.

Miró hacia la llanura, donde los cascos del caballo resonaban como golpes de tambor.

Pero en realidad, el chino estaba tras él. Había empleado aquella estratagema para poder matar a dos hombres en lugar de uno. Aunque su «cupo» ya estaba cubierto, él mataba también por verdadero «amor al oficio».

Era un artista del asesinato, y ahora iba a demostrarlo una vez más.

Por otra parte, tenía razones particulares para querer liquidar al hombre que ahora estaba de espaldas, desorientado, frente a él.

Era Sullivan, y Sullivan había matado a su amigo.

Se lanzó de repente.

Sus dedos apresaron el cuello de Sullivan, haciendo los dos movimientos que en cuestión de segundos habían acabado con Evans.

Pero las cosas no fueron tan fáciles con Sullivan. Aunque éste

sintió un terrible dolor, demostró también que era un experto en la lucha cuerpo a cuerpo.

Hizo lo único que podía hacer.

Propinó un terrible golpe de espuela a la rodilla de su enemigo, haciendo que éste lanzara un aullido de dolor y, de una forma instintiva, aflojara la presión de sus dedos.

Fue una décima de segundo, pero para Sullivan resultó suficiente.

Su cuello quedó libre. Dio media vuelta, pero sentía vértigo y náuseas. Las piernas no le sostuvieron.

Cayó a tierra.

El amarillo se arrojó sobre él, lanzando un sordo gruñido.

Sullivan comprendió que estaba perdido si se dejaba atenazar el cuello otra vez.

Alzó las piernas a tiempo y recibió a su enemigo en las suelas de las botas. Aprovechando su propio impulso, lo envió bien lejos.

Pero el chino parecía de goma. Se contorsionó en el aire y cayó de pies sin sufrir el menor daño.

Volvió a saltar sobre Sullivan justo cuando éste se levantaba. Sus dos piernas duras y correosas le atenazaron el cuello.

La presión que consiguió con aquella presa, fue casi irresistible.

Sullivan, que ya tenía el cuello muy castigado, lanzó un gruñido de dolor.

¡Y lo peor era que nadie le oía! ¡Nadie iba a acudir en su ayuda!

Movió las dos manos, golpeando de canto con ellas.

Y alcanzó bien los dos flancos de su enemigo. Los golpes fueron literalmente terribles. Hundieron las costillas del oriental, haciéndole lanzar un grito de dolor.

La presión de las piernas se aflojó.

El chino cayó pesadamente a tierra.

Pero ya que no tenía fuerzas para mover sus manos, porque le fallaba la respiración, empleó el arma de que disponía: su «Derringer» de dos balas, terriblemente eficaz a aquella distancia.

Sullivan se lanzó a tierra cuando la bala salía de la recámara. El proyectil salió alto y el amarillo cometió un error: disparar otra vez con demasiada precipitación, sin darse cuenta de que gastaba su última bala.

Pero aquel leve respiro le había bastado para recobrar fuerzas.

Segundos después se había incorporado.

Intentó atacar de nuevo y se encontró con los dos puños de Sullivan.

Dos puños implacables, demoledores.

Alcanzado de lleno, el oriental cayó pesadamente a tierra. Su rostro era una mancha de sangre.

Respiraba agitadamente a causa de sus costillas rotas.

No iba a poder levantarse más.

Sullivan no llevaba revólver por una sencilla razón: porque si allí, de noche, empezaba un tiroteo, nadie sabría quién mataba a quién. Pero de todos modos, después de los dos disparos, el jaleo ya estaba armado.

La alarma reinaba en el viejo Fort Riley.

Se oían gritos y maldiciones por todas partes. Sullivan se inclinó sobre el chino y murmuró:

—Tienes oportunidad de salvarte si hablas. Dinos quién es tu jefe. Dilo y te curaremos como si fueras uno de los nuestros.

El otro sonrió pesadamente.

Era evidente que se burlaba de él, que se reía de todo el mundo. A su manera aquel chino era un hombre de honor. No le importaba la muerte.

—No vas a tener otra oportunidad —murmuró Sullivan—. ¡Habla!

El otro se limitó a mover las mandíbulas.

Sullivan tuvo la sensación de que masticaba algo que ya llevaba entre los dientes. Seguramente una cápsula metálica, o de cristal, que podía romperse fácilmente. Segundos después el cuerpo del chino había quedado rígido.

Acababa de envenenarse.

Este sistema del suicidio rápido que más tarde emplearían todos los espías del mundo, era todavía desconocido en el año en que se desarrolla esta historia. Claro que los chinos, en algunos aspectos, siempre han estado por delante de los países occidentales.

En aquel momento llegaban dos hombres empuñando rifles. Vieron las sombras y se los echaron a la cara.

Sullivan gritó:

—¡No tiréis!

Conan era uno de los que venían. Corrió hacia él.

—¡Sullivan! ¿Qué infiernos haces aquí? ¡Han matado a Evans!

—Lo sé. Y éste es el que lo ha hecho.

Los dos miraron atentamente el cadáver. Parecían no entender una palabra de aquello.

—¿Pero qué tendrán que ver los chinos en esto? —susurró Conan—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Es que los asiáticos nos han declarado la guerra?

—Alguien los ha contratado. Son asesinos profesionales. Y me extrañaría que la fiesta hubiera terminado aquí, Conan.

—¿Qué quieres decir?

—Muy sencillo: Van a matarnos uno a uno hasta que abandonemos el cargamento.

Conan se pasó una mano por la boca.

—Si matan sólo uno cada noche, ya no llegarán a tiempo —dijo.

—Recuerde que en aquel rancho estuvieron a punto de liquidarnos a todos y de una sola vez. Volverán a repetir el intento.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Sullivan se encogió de hombros mientras murmuraba:

—Rezar por nuestras almas…

## CAPÍTULO VIII

Después de enterrar a Evans, sólo quedaban cuatro hombres, aparte el mayoral y los dos del interior del vehículo. Seguían siendo, sin embargo, una respetable fuerza. Nadie se hubiera atrevido a asaltarlos en aquellas condiciones, por lo que era de suponer resultaría verdad lo pronosticado por Sullivan: les irían debilitando aún más hasta que ellos mismos se rindieran o al menos no pudieran resistir el ataque.

Mientras avanzaban poco a poco por la llanura, dejando a su derecha una larga hilera de colinas pizarrosas, pensaban en eso con las cabezas bajas y los sombreros echados sobre los ojos.

Por fortuna no hacía demasiado calor, pero el vientecillo insistente obligaba a que la llanura arrastrara grandes masas de polvo.

Se habían cubierto las caras con los pañuelos, y tenían los ojos casi cerrados.

Estaban hundidos en sus pensamientos, preguntándose quién sería el próximo en caer.

Sullivan se adelantó un poco, colocándose al nivel del pescante.

Conan le miró.

—¿Qué hay, pistolero?

—¿Cuál es la nueva parada?

—San Tadeo.

—Nunca oí nombrar ese sitio.

—Es una antigua misión de la que ya no quedan más que las ruinas. En torno suyo se han levantado unas cuantas casas que son todo lo contrario de una misión: hay allí más vicio que en San Francisco. El nombre no le cae bien ahora a aquel agujero del infierno, pero ¿qué quieres que te diga? Las cosas se sabe cómo

empiezan, pero nunca cómo terminarán.

—¿Y por qué vamos allí?

—Es un buen sitio para el aprovisionamiento. Y mucho menos notable que una ciudad grande. Quiero decir que no seremos tan vistos, ¿comprendes?

—Claro que te entiendo. Y ya estoy deseando llegar para que los caballos descansen. Este polvo les agota.

—No tardaremos ni una hora.

En efecto, poco más tarde vieron la mole de piedra de lo que había sido una vieja misión, de las muchas que existían en California. Ahora estaba medio derruida, y la hiedra trepaba por sus muros. A su sombra se habían construido un par de calles. Las casas no eran elegantes, pero tenían un aspecto alegre. Había llamativos letreros y se veía mucha gente por los porches. Sólo al llegar allí, uno ya tenía la sensación de que no le sería difícil divertirse.

Los orígenes de aquel poblado debían ser muy sencillos: al ser abandonada la misión, un grupo de hombres en parte comerciantes, oíros contrabandistas y algunos salteadores, se habían concentrado allí porque los gruesos muros les servían de refugio en caso de ataque. Con los años, aquello fue progresando y ahora era una auténtica ciudad.

Todo el mundo miró el extraño carro blindado.

Los que paseaban por los porches se detuvieron asombrados. A una mujer se le cayó una cesta llena de huevos. Un tabernero que arrastraba un barril de cerveza se pisó un callo con él.

La gente salía a las ventanas a mirar aquello.

Conan masculló entre dientes:

—Me parece que nos hemos equivocado. Truman no tuvo ninguna gran idea al decirnos que paráramos aquí.

—Estaremos poco tiempo, supongo —murmuró Sullivan.

—El necesario para aprovisionarnos y remojar los gaznates un poco. Pero los que están ahí dentro —y señaló hacia su espalda, hacia la caja de vehículo— no saldrán.

Se detuvieron ante un *saloon.*

Era un hermoso local desde el que salían gritos y unas músicas pegadizas. A cualquier vaquero se le hubiera hecho la boca agua viendo un sitio así. Naturalmente los que iban de escolta casi brincaron de los caballos al pasar ante la puerta.

Conan gritó:
—¡Alto! ¡Media hora libre mientras nos aprovisionamos! Yo seré quien haga las compras. Tú, Just, de guardia.
El llamado Just lanzó una imprecación.
¡Quedarse de guardia con las ganas que tenía de remojar el gaznate!
Se detuvo junto al carro, dejando descansar la mano sobre el revólver. Los que se habían detenido allí por curiosidad fueron desfilando. De una forma instintiva todo el mundo adivinó que los que conducían aquel cargamento eran pistoleros profesionales y no tardarían en disparar si las cosas se ponían mal.
Conan fue al almacén que había al otro lado para comprar algunos alimentos frescos que necesitaban.
Los otros tres hombres, incluido Sullivan, se dirigieron hacia el interior del *saloon.*
Éste era enorme.
Había un gran escenario, y en él actuaban dos bailarinas. Por lo visto el espectáculo era continuado. Al menos dos docenas de hombres coreaban con golpes en las mesas el ritmo de la canción.
El camarero se acercó a ellos.
—Tengo *whisky*, cerveza y tequila. ¿Qué prefieren?
Todos pidieron cerveza.
Sullivan tomó su jarra y fue con ella a una mesa que estaba desocupada. Bebió a pequeños sorbos, mientras observaba a la gente.
No quería fiarse de nadie. Sabía que era muy posible que ya les estuvieran esperando allí.
Y al prestar tanta atención al público que le rodeaba captó aquella conversación.
Al principio pareció ser algo sin importancia.
Sencillamente, hablaban de una mujer.
Los que se referían a ella eran dos jóvenes bien vestidos, con finos bigotillos recortados. Tenían expresiones cínicas y viciosas, de fulanos que desde el principio ya han sacado todo su jugo a la vida.
—¿Sigue allí?
—Sí, en el hotel. Y sin querer ver a nadie.
—Yo le ofrecí dinero.
—Y yo, pero no lo acepta.

—La muy imbécil…

—Bueno, ella dice que es una chica honrada.

—Y entonces, ¿por qué ha venido aquí?

—Dice que busca a alguien.

Uno de ellos hizo rechinar los nudillos.

—Bueno, de esta mañana no pasa.

—¿Vas a…?

—Sí.

—¿Y cómo?

—Por la fuerza. La chica me gusta. No he podido pegar un ojo pensando en ella. Y no voy a detenerme en remilgos ahora.

—Pero el dueño del hotel dijo que nos balearía si nos acercábamos. Para mí que le ha tomado cariño a la chica. Y ese buitre guarda un rifle debajo del mostrador. Nadie puede gastar bromas con él.

—Sí, pero a estas horas duerme. Ha estado de guardia toda la noche. El que atiende ahora en la puerta es su ayudante Tommy. Y Tommy nos ha dicho que podemos hacer lo que queramos siempre que no haya gritos y luego le dejemos participar a él.

Uno de los dos hombres rió.

—¡El muy canalla!…

—Ése también sabe vivir.

—¿Pero cómo conseguiremos que no haya gritos?

—La golpeamos en la cabeza nada más entrar en la habitación. El resto será fácil.

Los dos tipos habían hablado con la mayor tranquilidad creyendo que nadie les oía. Pero en realidad sus susurros fueron captados íntegramente por los finos sentidos de Sullivan. Y éste sintió a la vez indignación y asco, odio y náuseas.

Por lo visto una mujer joven y bonita había llegado allí por alguna razón que él aún desconocía. Y aquellos dos granujas, después de intentar comprarla, estaban ahora dispuestos a llegar hasta el fin por el sistema más directo y más abyecto.

Hizo crujir los nudillos a su vez.

Bueno, aquellos buitres habían tenido mala suerte.

El se encargaría de que no se salieran con la suya.

Cuando los dos tipos se pusieron en pie fue tras ellos. Vio que cruzaban la calle y se dirigían al único hotel de San Tadeo.

Éste era nuevo, pero ya se hallaba bastante destartalado. En su fachada había huellas de proyectiles. Bastantes cristales estaban rotos, sea porque alguien había disparado contra ellos o tal vez porque algunos clientes tal vez habían salido disparados por las ventanas.

Sullivan aguardó a un lado de la puerta.

Vio que el tal Tommy, el que ahora estaba en el *comptoir*, era un tipo bajito y granujiento. Hizo una seña de complicidad a los dos recién venidos y les indicó que subiesen.

El hotel estaba envuelto en el silencio a aquella hora.

Subieron sin hacer ruido, pisando con cuidado la alfombra, que al principio había sido azul, pero que luego tiñeron de rojo para que no se notaran tanto en ella las manchas de sangre. Un hotelero del Oeste debía tener en cuenta muchas cosas que a un hotelero de nuestros días no le preocupan lo más mínimo.

Sullivan dio la vuelta al edificio, pasando a la parte trasera, mientras observaba por qué sitio podía introducirse en él.

Al fin lo encontró.

Había una puerta trasera, como en la mayor parte de los hoteles, por la cual eran cargadas las mercancías y llegaban de vez en cuando algunas visitas discretas.

Pasó por allí, mientras acariciaba la culata del revólver que ahora sí que llevaba al cinto.

Unas escaleras estrechas y empinadas le llevaron al primer piso. Notó que era allí donde iba a producirse el jaleo porque oía los susurros de los dos hombres.

Alguien llamó quedamente con los nudillos a una puerta.

Una voz indicó:

—Señorita, es la dirección del hotel.

La puerta debió abrirse, a juzgar por el chasquido. Luego se oyó una exclamación de sorpresa y un seco «craaas»…

Acababan de golpear a la muchacha en la cabeza.

Se oyó a continuación ruido de pasos precipitados, como si entre los dos llevaran a la chica en volandas.

La puerta se cerró con otro chasquido.

Sin duda los dos granujas pensaban echar el cerrojo desde dentro, pero Sullivan no les dio tiempo.

Ya estaba allí.

Empujó la hoja de madera, mientras susurraba:

—Siento estropear la fiesta, amigos.

Los dos individuos ya estaban junto a la cama. Tapaban con sus cuerpos a la mujer.

No conocían a Sullivan, pero su aspecto de pistolero era inconfundible. Comprendieron que allí sobraban las palabras y que había llegado la hora de morir o matar.

Con gesto rabioso «sacaron» los dos a la vez.

Sullivan no estaba dispuesto a sentir piedad ni a guardar contemplaciones en aquel momento. También había «sacado» y se dispuso a morir o a matar.

Para él fue mucho más fácil de lo que creía.

Aquellos buitres eran valientes con las mujeres, pero nunca se habían enfrentado a muerte con un verdadero *gun-man.*

Cayeron ensangrentados en aquella cama con la que debían haber soñado toda la noche anterior. Sullivan los remató de dos nuevos balazos antes de que, a su vez, pudieran disparar.

Oyó enseguida pasos en la escalera.

El granujiento Tommy se acercaba a toda velocidad.

—¡Os pedí que no la matarais, imbéciles! —gritó desde la puerta —. ¡Muerta no nos sirve de nada! ¡Yo os dije que…!

Sullivan volvió a dejar caer el revólver en la funda.

Tommy, que acababa de entrar, quedó petrificado al verle.

—Pe… ¿pero qué ha sucedido?

—Ya lo ves, chato. Tus amigos no celebrarán fiestas nunca más.

—¿Quién… es usted?

—Un forastero que va a decirte una sola cosa.

—¿Qué… cosa?

—Que defiendas tu cochina piel.

No era mal tirador, y trató de demostrarlo: su derecha fue hacia la funda con un movimiento fulgurante.

Pero Sullivan hizo entonces lo que había hecho otras muchas veces: tiró sin «sacar».

Desde la cintura, el plomo mordió la cabeza de Tommy. Éste cayó hacia atrás, lanzando un chillido de horror, y quedó cruzado en la puerta.

No se movió más.

Sullivan se volvió entonces hacia el interior de la habitación,

dedicando por primera vez su atención a la mujer que aún estaba tendida en la cama, medio inconsciente.

Pero ahora había abierto los ojos. Los había abierto casi hasta desencajarlos. Y con expresión aturdida miraba a aquel hombre como si no pudiera creer en su existencia, como si pensara que aquello era un sueño.

Pero tan asombrado como ella lo estaba el propio Sullivan.

Sus labios se separaron sin fuerzas para pronunciar aquel nombre que resumía tantas cosas para él:

Anna…

# CAPÍTULO IX

Les parecía que había transcurrido una eternidad y aún seguían mirándose con los mismos ojos asombrados, como si cada uno creyera que estaba viendo al otro a través de un sueño.

Al fin, Sullivan musitó:

—¿Tú aquí? ¿Cómo es posible?

—Iba de camino a… a…

—¿A Sacramento?

—Sí.

—¿Por qué?

—Sabía que te encontraría allí.

—¿No recibiste mi carta?

—¿Qué carta?

Sullivan se encogió de hombros casi imperceptiblemente. Pensó que, después de todo, era lógico que ella no la hubiera recibido. Anna, si estaba ya allí, tenía que haber salido de su ciudad varios días antes. Sencillamente se había cruzado con la carta.

—Te decía que iba a tener un trabajo difícil —murmuró él—. Y que esperaba poder ganar algún dinero para ayudarte. ¿Cómo te encuentras ahora? ¡Tendría tantas cosas que decirte, Anna! ¿Qué ha sido de ti desde que nos separamos? ¿Cómo te sientes?

—Mejor…

Pero la muchacha estaba bastante pálida y tenía la voz débil. Se notaba que decía aquello solo para animarle a él.

—Tu corazón estaba muy débil… —murmuró Sullivan—. ¿Qué te han dicho?

—Nadie me ha dicho nada. No me ha visto ningún médico últimamente. Pero yo me siento mejor, te lo juro.

Sullivan no estaba demasiado seguro de eso.

Sabía que la muchacha padecía seriamente del corazón desde que, tres años antes, unos forajidos mataron a su madre y luego estuvieron a punto de ultrajarla a ella, librándose sólo porque Sullivan la salvó. De ahí venía su amistad, una amistad indestructible porque estaba fundada sobre unas cuantas tumbas.

Sullivan le acarició los cabellos lentamente.

Aquella pobre muchacha había ido a buscarle desde una distancia que para ella era enorme. Como un perrillo que busca su amo, había recorrido el país porque no tenía a nadie más en el mundo.

Sullivan retiró la mano poco a poco.

Sus ojos recorrieron las curvas de la mujer, su busto poderoso y juvenil al mismo tiempo, sus redondas caderas, la línea de sus largas piernas que se insinuaba bajo la falda. Todo aquello era muy tentador, y había causado ya la muerte de tres hombres. Pero, sin embargo, en Sullivan la visión de la muchacha no provocó ningún deseo. Al contrario, lo que sentía por ella era una gran ternura. La hubiera estrechado en sus brazos, protegiéndola como si fuera una niña.

Amia había alzado sus ojos hacia él.

—¿Qué clase de trabajo peligroso es ése? —murmuró.

—No sé si habrás visto un carro blindado en la calle —contestó él.

—Sí… Un vehículo realmente extraño. Lo he visto por la ventana.

—Transporta un millón de dólares. Yo soy uno de los hombres que han de protegerlo hasta Monterrey.

—Pero me han dicho que estabas en la cárcel…

—Sí, me detuvieron. Pero el banquero Truman consiguió mi libertad precisamente para que ayudase a sus hombres a proteger ese cargamento.

—¿Habéis tenido ya conflictos?

—Más de uno…

—Y todo lo has hecho por mí, John… —musitó ella—. Porque, de no ser por mí, tú hubieras aprovechado cualquiera de esos conflictos para huir.

—Bueno… —sonrió él—, no es que yo tenga muchas ganas de largarme otra vez…

—De no ser por mí lo hubieras hecho.

—Algún día tengo que arreglar mis cuentas con la ley —dijo él lentamente—. Algún día ha de demostrarse que siempre he matado cara a cara y en defensa propia.

—Pero quizá no te escuchen, John…

—Tienen que hacerlo.

Ella había apoyado la cabeza en su pecho. Temblaba entre sus brazos.

—John, tengo miedo…

—¿Y por qué has de tenerlo? Todo saldrá bien.

—Quiero ir contigo.

—¿Adónde?

—Adonde tú vayas.

—Eso es imposible, pequeña. Estamos haciendo un viaje que parece la ruta del infierno. Dos de los hombres que salieron conmigo han muerto ya. Morirán otros, y tú misma podrías caer también. No quiero que hables de esas locuras.

—Por favor, John, no me dejes aquí…

El la besó lentamente, suavemente, intentando tranquilizarla.

Y cuando sus labios estaban unidos en aquel beso, se abrió la puerta. O mejor dicho se entreabrió, porque el cuerpo de Tommy estaba medio cruzado en el umbral. Desde allí alguien dijo con voz burlona:

—Vaya… Encantadora escena…

Sullivan se separó de la muchacha y miró hacia la puerta. Vio allí a una hermosa y elegante mujer, una de las más atractivas que había visto en su vida.

Pero aún no sabía que era también una de las más caras.

Aún no sabía que se trataba de Leticia Fereman.

# CAPÍTULO X

La preciosa hembra murmuró:

—Perdonen, muchachos, no voy a interrumpirles más. Simplemente he venido porque no había nadie para atender a los clientes en la puerta del hotel. Por el camino no he encontrado más que muertos. Y he empujado la puerta de esta habitación porque me ha parecido oír que alguien hablaba tras ella.

Sullivan explicó:

—El que tenía que atender a los clientes está ahí. Pero ya ve usted que duerme…

—Sí… Le han dado un somnífero muy eficaz —dijo Leticia Fereman mirando el cadáver de Tommy—. Esa clase de «píldoras» no fallan nunca. Pero la verdad es que yo no las tomo porque no me las ha recomendado mi médico.

Dirigió a los dos una sonrisa y añadió:

—Que sean muy felices, jóvenes. Les aseguro que me dan envidia.

Y salió.

Anna se quedó mirando con curiosidad hacia la puerta que aún giraba sobre sus goznes.

—Es una mujer muy hermosa… —bisbiseó.

Anna era una muchacha sencilla a la que no le gustaba mentir. No era como casi todas las otras mujeres, que por sistema encuentran feas a las demás.

—Sí, es una mujer muy hermosa —reconoció Sullivan—. ¿Pero qué hará por aquí?

—Debe ir de viaje. Espero que no te enamores de ella…

Sullivan sonrió.

—Tengo otras cosas en que pensar, muñeca. Y ahora vas a

quedarte aquí mientras arreglo unas cuantas cosas. Procura salir de la habitación lo menos posible. Ya recibirás noticias mías, Anna.

La volvió a besar —fugazmente esta vez— y salió.

Al descender de nuevo a la planta baja tuvo que hacerlo arrastrando los cadáveres uno a uno. Los depositó en la puerta del hotel para que sirvieran de «anuncio», y luego se alejó de allí.

Ahora su compañero Kirk montaba guardia junto al carro blindado.

—¿Qué…? Te has metido en un buen lío, ¿eh, Sullivan?

—Nada de eso. El «lío», en todo caso, ya está resuelto.

—Conan ha dicho que vamos a marchar enseguida.

—Quizá sea mejor. Veo que todo el mundo nos mira con curiosidad.

En efecto, la gente se había congregado en los porches, contemplando aquel extraño carruaje que parecía una fortaleza. Docenas de ojos estaban clavados en él. Pero no todas las personas que miraban el vehículo estaban en el porche. Otros lo contemplaban desde las puertas y tras las cortinillas de las ventanas.

Uno de los hombres que estaban tras las cortinillas, espiando, era apenas una sombra.

Su silueta parecía difuminarse en la penumbra de la habitación. Sus contornos parecían irreales.

Estaba solo.

Pero, sin embargo, hablaba con alguien que estaba en la habitación contigua, empleando el procedimiento de dar suaves golpes con los nudillos a la pared, unos más largos y otros más cortos.

Por entonces el Morse ya era usual, aunque muy pocas personas lo conocían.

Pero «Nostradamus», sí. Y también el hombre amarillo que estaba en la habitación inmediata.

El mensaje era sencillo: «Esta noche tienes que atacar tú. Y si fallas te las verás conmigo…».

El chino lo captó perfectamente.

Sus dos compañeros habían muerto, pero eso no hacía sino aumentar su odio.

El los vengaría. El haría que el hombre que había acabado con

ellos terminara también reposando en una profunda fosa.

Y los suaves golpes en la pared indicaron sencillamente:

«Lo haré…».

«Nostradamus» miró el carro blindado. Sus ojos se clavaron uno por uno en los hombres que lo protegían.

Ya sólo eran cuatro.

Conan no significaba ningún peligro serio, porque era un buen mayoral, pero un tirador sólo discreto. Y en cuanto a los dos hombres que iban dentro… —«Nostradamus» rió silenciosamente—. Bueno, en cuanto a los dos hombres que iban dentro más valía que alguien se preocupara ya de rezar por sus almas.

Los jinetes se habían reunido ya en torno al carro.

Iban dos delante y dos detrás. La protección que le proporcionaban así era sólo relativa, porque podían caer todos a la vez en la misma trampa. Pero cuatro hombres, claro está, no pueden trabajar tan bien como seis.

«Nostradamus» susurró:

—Bueno, esta noche serán sólo tres.

Pero se equivocaba.

Iban a ser menos.

Porque bruscamente, de un modo repentino, y sin que nada lo anunciara, estalló la tormenta.

El propio Cobb, que estaba oculto en uno de los tejados, fue quien hizo el primer disparo.

Su rifle «Sharp» siempre había sido mortífero, y lo fue también en esta ocasión. Un hombre cayó con la cabeza atravesada.

Ese hombre era Conan.

Desde el pescante lanzó un aullido, mientras soltaba las riendas, y cayó al suelo tras dar una extraña voltereta en el aire.

Había siete hombres más de Cobb situados en lugares estratégicos del poblado.

La trampa había sido preparada con detalle, y por lo tanto no falló. Una verdadera tromba de plomo se abatió en cuestión de segundos sobre los hombres que rodeaban el carruaje.

De los cuatro cayeron dos. El tercero fue herido, pero aún se mantuvo en la silla del caballo. Y el único que logró salir ileso fue, curiosamente, el primero en caer.

La rapidez de reflejos de Sullivan le había salvado la vida una

vez más.

En el mismo instante de ver caer a Conan, él se lanzó desde la silla a tierra. Por eso la ración de balas que iba destinada a su cabeza se perdió en el vacío. Los otros, en cambio, que se quedaron mirando lo sucedido, pagaron su lentitud con la vida.

El que había sido herido, Kirk, cayó al fin. Mientras rodaba entre las patas de su caballo sacó el revólver.

Uno de los hombres de Cobb estaba en lo alto del campanario de la vieja misión.

Gritó:

—¡Ya son nuestros…!

Lo único que fue «suyo» de verdad, sin embargo, no le gustó. La bala le penetró por debajo de la mandíbula y le perforó la cabeza. El pistolero cayó al suelo desde lo alto del campanario, mientras lanzaba un largo e inútil aullido que él mismo no llegó a oír.

El herido intentó arrastrarse por entre las patas de los caballos.

Las balas picotearon el suelo junto a él. Y hubiera sido alcanzado de nuevo —y esta vez mortalmente— si alguien no llega a acudir en su ayuda.

Era Sullivan.

Lo empujó materialmente, arrastrándolo bajo el carro blindado, mientras una verdadera cortina de plomo se abatía en torno suyo.

Las balas silbaban por todas partes como insectos rabiosos.

Sólo el hecho de que los pistoleros tiraran al bulto hizo posible que ninguno de aquellos abejorros alcanzara a Sullivan. Eso y la rapidez con que el joven se movía.

Dijo a Kirk:

—¡No te muevas de aquí! ¡Al menos estarás protegido de momento!

El no permaneció junto al carro.

El mejor favor que podían hacer a sus enemigos era quedarse quietos los dos en el mismo sitio.

Saltó hacia el porche que tenía a su izquierda, y que había quedado instantáneamente desierto.

Los hombres de Cobb se habían parapetado de nuevo al ver que los dos supervivientes respondían a su fuego. No disparaban con tranquilidad, y eso permitió a Sullivan llegar al menos hasta el porche, donde se hizo un ovillo y recargó su revólver.

Kirk hacía lo mismo debajo del carro.

La sangre manaba en abundancia de su hombro izquierdo, pero estaba dispuesto a vender cara su piel. Cuando tuvo el revólver recargado, asomó un poco la cabeza e hizo fuego.

Uno de los pistoleros de Cobb corría para cambiar de posición.

De pronto pareció quedar suspendido en el aire. Dio un brinco, luego una extraña voltereta y al fin quedó inmóvil.

Kirk sonrió.

Iba a liquidar a bastante gente antes de que lo mataran a él.

Se sentía protegido bajo el carro blindado, cuyas gruesas ruedas impedían el paso a las balas.

Pero entonces ocurrió algo con lo que no contaba, y que por desgracia para él lo cambió todo. Los caballos que ya estaban preparados para tirar del carro se asustaron. Los de delante iniciaron un corto galope que los demás siguieron. Y aunque se detuvieron a unas cincuenta yardas, fue lo suficiente para que Kirk quedara al descubierto.

En circunstancias normales no hubiera ocurrido así. Caso de no estar herido, Kirk se hubiera colgado del suelo del vehículo, alejándose con él. Pero ahora le faltaba un brazo y no pudo hacerlo.

Al verse descubierto en el centro de la calle, no esperó a que lo alcanzaran otra vez. Corrió como pudo hacia uno de los porches, mientras dejaba sobre el polvo un chorro de sangre.

Las balas le siguieron.

Otra le alcanzó en la cintura.

Kirk dio una vuelta sobre sí mismo, mientras gemía de dolor, pero no cayó a tierra.

Su propia desesperación le daba fuerzas.

Desde debajo mismo de la campana que aún se conservaba en la torre, alguien le estaba apuntando.

No podía fallar. Kirk era un blanco seguro.

Sullivan se dio cuenta.

No podía alcanzar a su enemigo porque éste se hallaba protegido bajo la vieja campana, pero ideó un procedimiento. Disparó dos veces contra el marco de ésta. Los impactos hicieron que la campana sonara estruendosamente sobre la cabeza del pistolero.

Éste se agachó, mientras se tapaba los oídos, porque tenía la sensación de que iba a volverse loco.

Al agacharse quedó levemente al descubierto. Sólo unas pulgadas, pero para Sullivan era bastante.

El joven disparó de nuevo.

La bala penetró por la sien de su enemigo, que cayó pesadamente a tierra mientras el tañido aún retumbaba en el aire.

Pero Kirk sólo se había librado por el momento.

Otra bala le rozó en el mismo hombro donde ya estaba herido. Perdía tanta sangre que tuvo la horrible sensación de que se iba a quedar «seco» allí mismo.

Pero consiguió llegar al porche.

Disparaba a ciegas detrás suyo, intentando cubrirse, mientras un velo rojo cubría su mirada.

Junto a una ventana se desplomó. Le fallaban las fuerzas, pero aún animaba su rostro una expresión decidida. El que quisiera su piel tendría que pagarla cara.

Alguien corría por el centro de la calle.

Era un pistolero de Cobb, el cual disparó contra Kirk. Éste hizo fuego a su vez y los dos fallaron. Pero el pistolero apretó el gatillo de nuevo y alcanzó a Kirk en el pecho.

Fue su último golpe de gatillo.

Para Sullivan había sido un tiro fácil. A pesar de la distancia, le alcanzó con un balazo en la nuca.

Kirk no podía más.

Vio que junto a su cabeza se entreabría una ventana. Y que por el hueco de esa ventana asomaba un rostro.

—Por favor… —bisbiseó—. Déjeme entrar… No puedo más…

El rostro que acababa de asomar por allí sonrió amablemente.

Era un rostro amarillo.

—Claro… —dijo—. Claro… Yo te ayudaré, muchacho.

Y le sujetó para que entrara.

Kirk se encontró en una habitación extraña, vacía, donde no estaba más que aquel hombre amarillo vestido tristemente de negro.

¿Qué le recordaba aquel hombre? ¿A quién había visto que se pareciera a… a…?

Y de pronto se dio cuenta.

¡Era casi igual que el otro amarillo, al que habían enterrado en Fort Riley!

Lanzó un grito, pero eso ya no le sirvió de nada.

El cuchillo se hundió en su garganta lentamente, profundamente…

# CAPÍTULO XI

Sullivan oyó aquel grito y comprendió que estaba solo. Kirk había caído en alguna trampa que por el momento él desconocía. Pero eso significaba que él había pasado a ser el único defensor del carro blindado.

Lo miró con odio.

¿Valía aquello tantas vidas? ¿Merecía tanta muerte?

Por un momento pensó huir y abandonarlo todo, pero si huía nunca reuniría el dinero suficiente para poder ayudar a Anna.

Fue eso lo que le mantuvo quieto allí.

Dos de los hombres de Cobb, sin embargo, creyeron que aquello ya estaba resuelto. Avanzaron hacia el carro blindado pensando que podrían abrirlo.

Fue la locura más grande que habían cometido en su vida. Y fue también la última que hicieron.

No se dieron cuenta de que una escotilla se había abierto en el blindaje del carro. Y que por ella asomaban, desde unos minutos antes ya, los cañones de dos rifles.

Uno de los pistoleros de Cobb gritó:

—¡Ya es nuestro…!

La bala le atravesó la frente. A tan corta distancia, el impacto fue terrorífico. Su compañero se dio cuenta y trató de dar media vuelta, huyendo:

Era demasiado tarde.

A éste el proyectil le alcanzó en la nuca. Cayó fulminado, hundiendo su cara en el polvo.

Cobb, desde el tejado, lanzó una salvaje maldición.

Se había quedado sin gente.

Después de dos trampas en las que confió capturar al carro

blindado, resultaba que éste seguía estando tan lejos como cuando empezó aquella maldita aventura.

Pero ya que había perdido tantos hombres, al menos salvaría su propia piel.

Retrocedió hábilmente sobre el tejado, hasta salir por el lado opuesto de la casa. Una vez allí cayó materialmente sobre su caballo, que ya tenía dispuesto. Clavó salvajemente las espuelas y salió al galope.

Una mueca de odio deformaba su rostro.

Pero no se daba por vencido. Aún tenía tres hombres, aunque estuvieran dispersos y lejos de allí. Los reuniría e intentaría el último golpe. Un millón de dólares bien valía un poco de perseverancia. Y además esta vez aún haría las cosas mejor.

Algo parecido pensaba Sullivan, pero al revés.

Sullivan se daba cuenta de que estaba solo, y la verdad era que no sabía qué demonios hacer con aquel maldito carro blindado.

Pero terminó haciendo un gesto de resignación.

Sólo podía tomar una decisión:

Seguir…

Al cesar los disparos, la gente había ido saliendo de sus escondites. Había quien se detenía a mirar los cadáveres y alguien se dirigía hacia Sullivan. Sobre éste llovieron las preguntas y las exclamaciones:

—¿Está herido?

—¡Buenos disparos, amigo!

—¡Era nada menos que la banda de Cobb!

El joven aún se sentía mareado, porque la sensación de muerte había penetrado hasta su sangre. Lo único que supo decir fue:

—Infiernos, necesito un trago.

Alguien murmuró entonces:

—Le pagaré una botella entera. Y de la mejor marca.

Sullivan miró hacia el que había hablado, porque le pareció reconocer aquella voz. Y sus labios se entreabrieron con asombro al murmurar:

—Señor Truman…

En efecto, era el banquero el que avanzaba hacia él. Bien vestido como siempre, tenía, sin embargo, un aspecto desagradable. Sus facciones estaban congestionadas. Lo que acaba de ocurrir parecía

complacerle por una parte, pero por otra le llenaba de horror.

—Sullivan —dijo—, necesito hablar con usted.

—Cuando quiera, señor Truman.

El banquero hizo un gesto de hastío, dirigiéndose a los mirones.

—Por favor, ¿no pueden dejarnos solos un momento? Tengo necesidad de hablar con este hombre.

Los mirones se retiraron de mala gana. Pero como aún podían hacer «sabrosos» comentarios en torno a los cadáveres, fueron hacia éstos.

Truman y Sullivan entraron en el *saloon.*

No había nadie allí, porque todo el mundo se encontraba en la calle después de los disparos. Truman hizo que les sirvieran una botella del mejor *whisky*, y él mismo escanció en dos vasos. Luego bebió de un trago, mientras intentaba calmar su excitación.

—¿Cómo está aquí, señor Truman? —preguntó Sullivan.

—¿Cree que me podía estar quieto sabiendo lo que ocurre con la fortuna de mi Banco?

—Por ahora ha podido ir salvándose —murmuró Sullivan.

—Sí, pero ¿cuánto tardará en caer en manos de los hijos de perra que van detrás de ese dinero?

—Con franqueza, no lo sé.

—Es para volverse loco —masculló Truman.

—Quizá no debió hacer un transporte tan arriesgado —opinó Sullivan—. Claro que yo no entiendo de negocios.

—Nuestro Banco podía duplicar su cifra de operaciones si el dinero llegaba a Monterrey —masculló Truman pensativamente—. ¿Usted cree que son los rancheros y los mineros los que se adueñarán de California? No… Somos los banqueros. Pero para eso es necesario arriesgarse y llevar dinero fresco allí donde hace falta porque los negocios están creciendo. Esas mismas palabras les dije a mis socios. Yo les convencí para que corrieran la aventura. Y ahora, ¿qué demonios puedo hacer si ocurre algo?

—Creí que el Banco era suyo —murmuró Sullivan.

—Mío sólo es el cuarenta y nueve por ciento del capital. Entre los otros dos socios suman el cincuenta y uno por ciento restante. Pueden hacer algo contra mí si ese millón se pierde. Incluso lograr que yo salga disparado del Banco.

—Comprendo sus apuros, señor Truman.

—¿Y aun así le extraña que esté aquí? Vengo siguiendo a distancia el cargamento lo mejor que puedo. Y, con franqueza, ya no sé qué hacer.

—Tendrá que contratar más hombres, señor Truman.

El banquero hizo un gesto desolado.

—¿Dónde? ¿Aquí?

—¿Y por qué no?

—¿Usted sabe qué maldita ciudad es ésta?

—Bueno, pues… Reconozco que, en efecto, no tiene buena fama.

—Cualquiera que contratase aquí sería peor que los hombres de Cobb.

—Sí, pero…

—¿Prefiere que le maten por la espalda, Sullivan, o de frente?

—La verdad, si tengo un enemigo prefiero tenerlo cara a cara.

—Pues lo que conseguiría con la gente de aquí sería ponerlo a su espalda.

—Entonces, ¿qué hacer?

—Oiga mi proposición, Sullivan.

Sullivan bebió otro trago de *whisky*.

—Le escucho, señor Truman.

—Voy a adelantarme hasta Deadwood. Allí contrataré gente nueva. Deadwood es una población de gentes honradas que, sin embargo, saben manejar el «Colt». Incluso el alguacil puede aconsejarme.

—Sí, pero ¿y mientras?

—Conduzca usted sólo el carro blindado, Sullivan. Únicamente hasta Deadwood. Le pagaré mil dólares por ese trayecto.

Sullivan pensó que era como hacer un pacto con la muerte.

Por mil dólares se iba a jugar la cabeza más veces que un borracho que estuviera durmiendo la siesta en un camino por el que hubiera de pasar una estampida de bisontes.

Pero con ese dinero podía lograr que a Anna la examinara el mejor médico de San Francisco. Podía conseguir muchas cosas que antes ni siquiera soñó. Entre ellas poder largarse bien lejos de allí y convertirse en un hombre respetable, dejando de ser de una vez para siempre el pistolero Sullivan.

No quiso pensar demasiado en aquella proposición. Si lo pensaba no lo aceptaría, de modo que…

—¿Lo toma o lo deja? —murmuró Truman.

Era el frío lenguaje de los negocios, un lenguaje que nunca había gustado a Sullivan.

Pero ¿qué iba a hacer?

—Lo tomo —susurró—. Acepto.

—Entonces salga cuanto antes.

—¿Se ocupará de enterrar dignamente a los muertos, Truman? Son gente que le han servido con fidelidad. Haga que al menos tengan una tumba respetable.

Truman asintió.

—No se preocupe por eso.

—Entonces de acuerdo.

—Tome cien dólares como anticipo. No es gran cosa, pero tampoco puede decirse que yo lleve ahora una fortuna encima. No es prudente llevar mucho dinero viajando solo. En Deadwood le pagaré el resto. Tengo allí corresponsales que me pueden prestar lo que necesito.

—Yo estoy conforme —dijo Sullivan.

—Entonces buena suerte.

Sullivan tomó los cien dólares.

Tuvo la sensación de que vendía su propia piel, porque la misión no sólo era peligrosa, sino suicida. Pero cuando se propuso ayudar a Anna hasta el fin, supo que no podía elegir.

Salió del *saloon.*

Los cadáveres de los que habían sido sus compañeros yacían esparcidos sobre el polvo de la calle. Sullivan recordó sus nombres: Kirk, Ross, Conan… Todos habían quedado para siempre en una ciudad donde nunca imaginaron iban a dejar sus huesos.

Una ciudad que era como un condenado nido de ratas.

El joven se dirigió hacia el carruaje.

Sus pasos eran tristes, lentos.

Desde la mirilla, los dos hombres que estaban dentro le observaban. Seguramente esperaban órdenes. Sullivan hizo una seña que indicaba bien claramente una cosa: iban a seguir.

Los de dentro no se opusieron.

Tenían perfecto derecho a no querer viajar en aquellas condiciones, porque era tanto como meterse ellos mismos en la boca del lobo.

Pero también aquellos hombres servían a su amo con fidelidad. También ellos estaban dispuestos a dejar su vida por un puñado de dólares.

Sullivan subió al pescante, hizo chascar el látigo por encima de las cabezas de los caballos y gritó:

—¡Adelanteee…!

Los animales parecieron entenderle. Se lanzaron al trote largo por la ruta polvorienta que llevaba a Deadwood.

Johnny Sullivan apretó los labios con desesperación, con furia. Y no quiso mirar atrás.

# CAPÍTULO XII

Deadwood.

La población había crecido no se sabía por qué, y desaparecería un día sin que tampoco se supiera la causa. Constaba de ocho calles perfectamente cruzadas en ángulo recto, una de las cuales resultaba algo más ancha que las otras. Ésa era la avenida principal. Había en ella dos hoteles, tres *saloons*, una armería y una acreditada funeraria. ¿Quién podía pedir más para un sitio civilizado?

Sullivan miró frente a sí con los ojos entrecerrados.

La verdad es que nunca creyó llegar vivo a Deadwood. Pensaba que al salir de la antigua misión le atacarían inmediatamente y que le sería imposible defenderse. Pero la verdad era que durante toda la tarde nada había ocurrido.

Estaba ya anocheciendo cuando llegó a Deadwood.

Durante la tarde —unas tres horas de cabalgada— habían recorrido apenas veinticinco millas. No se podía avanzar demasiado con aquel vehículo que parecía pesar más cada vez, y cuyas enormes ruedas se empotraban en todas partes. Por suerte para Sullivan no se habían encallado, porque en ese caso: habría sido imposible seguir adelante sin ayuda.

Hablando consigo mismo murmuró:

—Bueno, no puedo quejarme… Ahí encontraré al banquero Truman. El me proporcionará hombres y me pagará lo prometido. Lo peor ha pasado ya.

Tiró de las riendas para que los caballos se pusieran al paso y entró así en la calle principal de la pequeña ciudad.

Como había sucedido en la misión, la gente le miraba igual que si estuviera viendo visiones. ¿Adónde iba aquel tipo con un carromato semejante? ¿Qué infiernos llevaba detrás de tantas

corazas?

De los dos hoteles había uno relativamente lujoso. Sullivan se detuvo ante él.

Daba por descontado que Truman habría llegado ya por un camino más corto (el carruaje había tenido que esquivar todos los riachuelos y obstáculos), dando a veces largos rodeos y empleando un caballo, lo que le había dado seguramente al menos una hora de ventaja.

El joven saltó del pescante y se dirigió al interior del hotel. Había un empleado en el *comptoir*. Le sonrió amablemente.

—¿Qué desea, señor?

—Quiero saber si se aloja aquí el banquero Truman. Ha debido llegar hace poco.

—¿El banquero Truman? Le conozco perfectamente, señor. Pero no ha venido.

—Es extraño… Ha tenido que adelantarme por fuerza.

—Quizá le ha ocurrido algo, señor.

Sullivan se pasó una mano por la mandíbula.

—Sí, eso es lo que temo… No resulta muy agradable viajar solo por según qué parte de California. En fin, no me queda más remedio que esperarle.

—¿Quiere habitación, señor?

—Desde luego. Y me gustaría también un baño.

—A su disposición, señor.

Pocas veces habían tratado a Sullivan tan bien. La categoría de aquel hotel indicaba que a Deadwood llegaban también personas distinguidas.

El joven salió a la calle y pidió a los del interior del carruaje que abrieran.

Le obedecieron. Salió solamente uno, porque el otro seguía montando guardia en el interior. Estaban ya hartos de aquel encierro. Necesitaban echar un trago y descansar.

Sullivan dijo a los dos que fueran a asearse y a probar el *whisky* que servían en el bar del hotel, así como a cenar algo. Mientras tanto él montaría la guardia en el interior.

Así lo hicieron.

Sullivan volvió a cerrar y quedó a solas con todos aquellos sacos llenos de monedas y de billetes crujientes. Un millón de dólares…

Nunca había visto tanto dinero junto y jamás lo volvería a ver. Pensó en lo fácil que sería tomar siquiera uno de aquellos sacos, abrir, saltar sobre un caballo y escapar al galope… Nadie lograría darle alcance jamás. Y en cada saco había al menos ochenta mil dólares.

Ochenta veces más de lo que él iba a cobrar por su siniestro trabajo.

Pero Sullivan alejó aquel pensamiento. Era un hombre honrado, a pesar de haber tenido por otras causas conflictos con la ley. El había aceptado lo que le pagarían por su trabajo. No pediría nada más.

Hundido en sus pensamientos, no se dio cuenta de que el tiempo transcurría.

Al fin llamaron desde el exterior, golpeando las planchas metálicas según una señal convenida.

Abrió. Los dos guardianes interiores estaban otra vez allí.

—Puedes estar tranquilo —dijo uno de ellos—. Aguantaremos toda la noche.

—¿Vais a dormir dentro?

—Sí, claro. ¿Qué otro remedio queda? Uno vigilará y otro descabezará un sueño. Tú has de ocuparte de desenganchar los caballos y hacer que descansen también.

—Desde luego.

Dependían de aquellos bien entrenados caballos para la jornada del día siguiente, de modo que Sullivan los desenganchó y los llevó a la cuadra. Cuando estuvo seguro de que los atenderían bien, entró de nuevo en el hotel y se dio un buen baño, mientras le cepillaban la ropa. Una hora después no parecía el mismo. Desde la ventana de la habitación que le habían destinado miró la calle. El carro se hallaba estacionado ante el hotel, y pese a que seguían mirándolo algunos curiosos, nadie se acercaba sospechosamente a él.

Por otra parte, el alguacil de Deadwood paseaba por las cercanías con las manos a la espalda y el revólver dispuesto. Sullivan tuvo la sensación de que podía dormir tranquilo porque nadie intentaría nada contra el carro aquella noche.

Seguía intranquilizándole, sin embargo, la tardanza de Truman.

¿Qué le habría ocurrido? ¿Se habría encontrado tal vez con Cobb, yendo solo por la llanura?

Si eso había sucedido, no había que preguntarse demasiado por la suerte de Truman. Estaría más difunto que los primeros pobladores de América. Nadie que no fuera un auténtico profesional del gatillo podía enfrentarse a Cobb con perspectivas de éxito. Y Truman no era un pistolero.

Decidió cenar un poco y dormir.

Pero cuando iba a dirigirse hacia la puerta, ésta se abrió. En el umbral alguien lanzó una exclamación de sorpresa.

—Oh, perdone…

De pronto la hermosa mujer se le quedó mirando.

—¿No…, no nos hemos visto antes? —preguntó.

—Es la segunda vez que entra sin llamar en una habitación donde estoy yo —dijo Sullivan con una sonrisa.

Leticia Fereman, sonrió también. Tenía los labios más hechiceros que Sullivan había visto nunca. Y tenía otras muchas cosas tentadoras, además de los labios. Los hombres más ricos de California habían pagado a peso de oro aquellos encantos. Muchos de ellos no volverían a rehacer su fortuna jamás, después de haber pasado por los brazos de Leticia Fereman.

Sullivan murmuró:

—No esperaba tener la suerte de volver a verla.

—Ni yo de verle a usted. Me han dicho que esta habitación estaba libre.

—Y lo está. Ya ha visto que esta vez no hay cadáveres en la puerta.

Ella lanzó una carcajada argentina que resonó largamente en el vacío pasillo del hotel.

—Es usted un tipo bromista. ¿Cómo se llama?

—Sullivan.

—Sullivan… Me parece recordar ese nombre.

—Es el de un pistolero poco recomendable. En cuanto a usted, ahora me parece recordarla. Tiene fama de ser la mujer más bonita de California.

Leticia Fereman cerró suavemente la puerta a su espalda, apoyándose en ella.

Respiraba agitadamente. Cualquiera hubiese dicho que aquella mujer, que ya no se impresionaba por nada, había vuelto a emocionarse otra vez ante un sentimiento que ya tenía olvidado.

—Voy a confesarle una cosa —murmuró.
—¿Qué?
—No he venido aquí por casualidad.
—Las mujeres no hacen nada casualmente —susurró Sullivan.
—Sabía que estaba aquí. He visto ese maldito carro blindado.
—¿Sí?
—Sí. Y he recordado la limpieza que hizo en la misión. Prácticamente toda la banda de Cobb destruida. Nadie había logrado hasta ahora nada parecido.
—No me dirá que quiere darme las gracias.
—No, nada de eso… —susurró Leticia.
Y avanzó pausadamente hacia él. Se contoneaba de un modo natural, sin afectación, con ese aire especial de las mujeres que han nacido para el amor, de las que han hecho del amor y de la pasión la razón fundamental de su vida.
Cuando estuvo a un paso de Sullivan, musitó:
—Quiero pedirle un favor.
—¿Qué favor?
—Algo que nunca he pedido a un hombre. Y pasando un brazo por el cuello del hombre, alzó los labios y lo besó en la boca.
Decir que John Sullivan quedó petrificado es, simplemente, decir la verdad.
Nunca había pensado que llegaría a besarle por capricho una mujer así, la mujer más cara de California.
El no quiso responder porque aquello hubiera terminado muy mal (o muy bien, según se mire). Pero lo cierto es que aquella mujer le hizo sentir vértigo. Le hizo comprender que uno podía, no sólo arruinarse por ella, sino también matar o morir por ella.
Al fin Leticia se separó.
Tenía un brillo oscuro en los ojos.
—Me tienes miedo —farfulló.
—No. Sólo ocurre que nunca he tenido una mujer tan bonita entre mis brazos.
—Y no quieres perder la cabeza.
—Me temo que la he perdido ya. No sé si voy a dejarte salir de aquí, ahora que has entrado.
Leticia rió.
—Pero tú estás enamorado de otra mujer —dijo suavemente.

—¿En qué lo notas?

—Una mujer como yo siempre se da cuenta de esas cosas. Pero aunque no tuviera experiencia lo habría notado. Has resistido el beso como una estatua. Eso significa que pensabas en otra.

Sullivan no contestó.

Al fin y al cabo, Leticia decía la verdad.

Y se dio entonces cuenta de algo más. Se percató de que había cambiado el semblante de la mujer. Ahora era grave, casi ansiosa. Parecía como si aquel momento fuera uno de los más importantes, de los más dramáticos de su vida.

—Voy a decirte algo, John Sullivan —musitó—. Algo muy importante.

—Todo lo que diga una mujer como tú tiene importancia. Habla.

—Es muy sencillo lo que he de decirte. Se resume en unas pocas palabras: deja ese maldito carro, abandona la misión que te ha traído hasta aquí y lárgate bien lejos.

—¿Irme? ¿Por qué?

—Porque vas a morir.

—Eso lo sabía ya cuando acepté.

—¿Y no te importa?

—¿Te importa a ti? —retrucó Sullivan.

Ella sonrió levemente, desviando la mirada, como si por primera vez en mucho tiempo se sintiera turbada ante un hombre.

—Es extraño… —musitó ella pensativamente—. Quizá nunca me había ocurrido algo así… ¿Quieres que te explique mi pequeño secreto? ¿El secreto de mi éxito?

—Si es algo que puede perjudicarte a ti, no me *lo* digas —murmuró Sullivan.

—No, quizá no debiera decírtelo… ¡Pero es tan sencillo! ¿Sabes por qué domino a los hombres? Porque los desprecio. Porque jamás uno de ellos ha logrado romper mi coraza de hielo. No juegan conmigo, sino yo con ellos. Y sin embargo, hoy, por primera vez… No sé… Todo esto no tiene sentido.

Retrocedió, como si la asustaran sus propios pensamientos, y puso la mano en el pomo de la puerta.

—Olvida lo que te he dicho, Sullivan —murmuró—. Olvídalo todo menos una cosa: no quisiera verte muerto. Márchate de aquí antes de que sea tarde.

—¿Acaso sabes lo que me va a suceder?

—¿Crees que cuesta imaginarlo? —susurró ella—. ¿Piensas que no sé lo que significa ese maldito carromato blindado? ¿Y la serie de muertes que ya ha dejado a su paso?

Sullivan no contestó.

Ella tenía razón. ¿Qué podía contestarle?

Pero no estaba dispuesto a dejar aquel maldito y siniestro trabajo ahora que lo había emprendido.

La mujer salió lentamente, envolviéndole en una última mirada.

Sullivan se dio cuenta de que aquella pudo haber sido su noche. De que pudo tener entre sus brazos a la mujer más tentadora y más cotizada de California.

Pero nada hizo para retenerla a su lado.

Se dejó caer sobre el lecho y pensó que tal vez al día siguiente reposaría en el fondo de una tumba.

Sus ojos se cerraron poco a poco. Estaba tan rendido que ni la idea de la muerte le quitó el sueño.

# CAPÍTULO XIII

Nada había ocurrido en el carromato blindado cuando, al amanecer, Sullivan abonó la cuenta del hotel y salió a la calle. Dio en las planchas metálicas los golpes convenidos, la puerta se abrió desde dentro y los dos hombres salieron por turno a desayunar y desperezarse un poco. Sullivan tenía el rifle preparado y hubiera repelido cualquier agresión en cuestión de décimas de segundo. Pero todo en Deadwood parecía tranquilo.

Había algo, no obstante, que Sullivan no entendía.

¿Por qué demonios no había llegado aún Truman?

Ya apenas le cabía ninguna duda de que el banquero había caído en una emboscada y estaba muerto.

Esa certidumbre se hubiera visto más confirmada aún caso de saber Sullivan quién le estaba mirando en ese momento a través de una de las ventanas del otro hotel, del más modesto.

Era apenas una sombra insinuada tras las cortinillas.

Era un hombre al que hubieran conocido muy bien en un determinado lugar de San Francisco.

¡«Nostradamus» acechaba!

Junto a él, en la habitación, un hombre amarillo, vestido de negro, esperaba órdenes.

«Nostradamus» se volvió apenas.

La habitación estaba sumida en penumbra. No se distinguía más que su silueta. El chino aún no le había visto la cara.

«Nostradamus» bisbiseó:

—Ahí le tienes. Es tu momento.

—¿Qué debo hacer?

—Seguro que volverá a entrar en el hotel. Lo más probable es que quiera asegurarse de que Truman no la enviado ningún

mensaje.

—Y si le mato ahora, ¿qué sucederá?

—O mucho me equivoco o los que van dentro del carruaje perderán ya todos los escrúpulos. Sacarán el vehículo de la ciudad y tratarán de cargar sobre dos caballos todo lo que puedan para huir. El resto lo abandonarán. Ése será nuestro momento, porque ni ellos escaparán ni esa fortuna quedará perdida en la llanura.

El chino bisbiseó:

—Comprendo.

—El único que estorba es Sullivan. El defenderá el carruaje hasta el fin. Mátalo y todo lo demás será fácil.

El oriental dijo solamente:

—Delo por muerto.

Y salió.

No cruzó la calle de modo que Sullivan pudiera verle, sino que lo hizo dos esquinas más allá.

Y entró en el hotel por la puerta trasera.

Todo estaba tranquilo a aquella hora. En el mostrador de recepción aún se encontraba el portero de noche. Una especie de media luz flotaba sobre la calle, impidiendo concretar bien los contornos de las cosas.

El chino se acomodó bajo el hueco de la escalera, de modo que vigilaba perfectamente la entrada principal sin ser visto.

Esta vez no iba a fiarse de sus manos, pese a ser un verdadero diablo Kung-Fu en la lucha. Esta vez tenía un pesado «Winchester 73» con el que barrería la entrada apenas Sullivan asomara por ella.

Y, en efecto, lo que había previsto «Nostradamus» ocurrió.

Sullivan quiso hacer la última gestión. Tal vez Truman había enviado un mensaje a última hora. Necesitaba estar seguro antes de proseguir el viaje.

Y se dirigió a la puerta.

Su figura se recortó con claridad en el umbral, mientras el chino alzaba su rifle.

Sullivan no miraba adonde estaba él. Iba hacia el *comptoir*.

Por eso no vio el cañón que le apuntaba directamente a la cabeza.

Pero observó, en cambio, algo que le llamó la atención. Sullivan

siempre se fijaba mucho en los animales, observaba sus reacciones y casi adivinaba sus sentimientos.

Y en el centro del vestíbulo había un gato que daba claras señales de alarma. Tenía la cola enhiesta y erizada, y sus ojos estaban clavados fijamente en el hueco de la escalera.

Allí había algo que le había asustado. Algo desconocido. Y ese algo podía ser un hombre.

John Sullivan giró sobre sí mismo como una peonza.

Su movimiento fue instantáneo. Inmediatamente quedó protegido tras el quicio de la puerta.

La bala le pasó rozando, pese a la velocidad de su movimiento. El estruendo llenó la calle. El chino movió la palanca rabiosamente y disparó otra vez, aunque no veía a su enemigo.

Sullivan ya había desenfundado el revólver.

No disparó desde aquella posición, que era muy desfavorable, sino que se retiró hacia la izquierda y penetró en el vestíbulo por otra ventana. Se deslizó sigilosamente tras uno de los butacones de cuero. El chino disparó otra vez.

Sullivan hizo fuego.

Aunque él tampoco veía a su enemigo, podía localizarlo por el fogonazo. E hizo que su proyectil atravesara el peldaño de madera y fuese a alojarse en el hueco en el que estaba protegido el amarillo.

A éste no le alcanzó la bala por verdadero milagro.

De repente notó que el plomo llegaba desde los peldaños que tenía junto a su cabeza. Una delgada línea de sangre se dibujó en su frente. Y el amarillo se lanzó a tierra, mientras le acometía una fría sensación de horror.

¿Dónde infiernos estaba Sullivan ahora? ¿Cómo había adivinado su presencia?

Una segunda bala, ésta más baja, atravesó también un peldaño y rozó materialmente al chino.

Éste comenzó a arrastrarse hacia el exterior.

No podía permanecer allí. Era mejor dar la cara.

Al salir al descubierto vio a Sullivan, que se disponía a disparar de nuevo.

El amarillo se echó el rifle a la cara, y eso permitió a Sullivan agazaparse antes del disparo. La bala le rozó la cabeza. El disparó a su vez y partió en dos el cañón del «Winchester».

El chino lanzó un alarido de rabia.

Ahora Sullivan podía matarle.

Pero Sullivan nunca había disparado su revólver contra un hombre que no pudiera defenderse. Soltó el «Colt».

Y avanzó hacia su enemigo a cara descubierta.

El oriental lanzó un grito de júbilo. Casi no podía creerlo. ¡Aquel loco venía por su propio pie a buscar la muerte!

Porque un par de golpes de Kung-Fu bastarían para acabar con él. Todos los enemigos que habían recibido aquellas «caricias» dormían ya el sueño eterno en el valle del Más Allá, con sus honorables antepasados.

Su grito de júbilo se transformó en un aullido salvaje.

Y se lanzó al asalto.

Su brazo derecho bajó como el mango de un hacha. Sullivan logró desviarse a tiempo, porque el golpe iba dirigido a su cuello; sin duda se lo hubiera roto. Pero aunque esquivó, no pudo evitar el impacto en el hombro izquierdo. Sintió un terrible dolor, como si le hubieran partido la clavícula.

¿De qué demonios tenía aquel tipo las manos? ¿De hierro?

El chino atacó ahora con la izquierda.

Ésta fue a buscar el plexo solar de Sullivan, haciéndole encogerse de dolor. Se encorvó, mientras sus ojos eran cubiertos por un velo de sangre. Y entonces recibió aquel golpe en las costillas.

No supo si le habían hundido alguna, pero lo cierto fue que retumbó toda su caja torácica.

Por unos momentos, Sullivan perdió el mundo de vista.

Le pareció que flotaba en el aire y que con mil agujas envenenadas le perforaban la piel.

El chino, al verle caído, atacó ahora con los pies.

Su piel brillaba. En sus ojos relucía la llama del triunfo.

Buscó pisar el cuello de su enemigo. El conocía una cierta flexión del pie que rompía las vértebras en un instante. Si podía cazar a Sullivan con aquella presa —y lo lograría—, el joven estaba perdido.

Sullivan lo adivinó.

Aquello iba a ser el fin, si él se estaba quieto.

Se cubrió maquinalmente el cuello con ambas manos y recibió en los dedos el terrible golpe. También tuvo la sensación de que se

los rompían, pero eso era bien poca cosa al lado de lo que pudo haber sucedido. El amarillo, al fallar parcialmente el golpe, lanzó un chillido de rabia porque perdió el equilibrio.

No llegó a caer al suelo.

La izquierda de Sullivan le sostuvo en el aire. La derecha le propinó un cruzado que lo envió al otro lado del vestíbulo.

Pero el amarillo se rehízo.

Como sus otros dos compañeros de raza, parecía de goma.

Sullivan y él se pusieron en pie al mismo tiempo, pero ahora las posiciones estaban equilibradas. Si el joven sentía dolor en todo el cuerpo, su enemigo se hallaba al borde del K. O. Poco acostumbrado a los golpes de aquella clase, todo su cráneo vibraba.

Los dos se lanzaron al ataque casi a la vez.

Ahora había gente en el vestíbulo del hotel. Todo el mundo se empujaba para ver mejor.

Sólo faltaba que allí se cruzasen apuestas.

—¡Dale!

—¡Yo digo que ganará el chino!

—¡Pues yo aseguro que le van a dejar la cara azul, en vez de amarilla!

El oriental trató de colocar los golpes con sus manos abiertas, pero para eso necesitaba la corta distancia, y Sullivan no se lo permitió. Lo frenó con dos directos de izquierda y luego dobló con la derecha.

El impacto alcanzó de nuevo al chino.

Éste se tambaleó. No estaba acostumbrado a la dureza de aquellos puños de hierro. Dejó por un instante su mandíbula descubierta.

Era lo que esperaba Sullivan.

Lanzó el gancho con todas sus fuerzas, con toda su rabia.

El estruendo de los huesos rotos llenó el vestíbulo del hotel. El chino voló materialmente por los aires. Su cuerpo atravesó la ventana y quedó doblado en el alféizar, entre los cristales rotos.

Sullivan se abalanzó sobre él.

Le sujetó con la izquierda por el cuello y le amenazó con el puño derecho. Su enemigo estaba casi groggy, pero se daba cuenta de todo. Y sabía, especialmente, de que un nuevo impacto podía acabar con él.

Sullivan masculló:

—Vas a hablar, amigo. Vas a cantar una ópera entera, y además en chino.

—No tengo nada… que decir.

—Sólo quiero saber una cosa.

—Te repito que no tengo nada… que decir.

—¿Quién te paga?

—No…, no le conoces.

—Me basta con que lo conozcas tú. ¡Dime su nombre!

—Es…, es… No sé cuál es su nombre… Te lo juro. Pero le dan un apodo. Le llaman…

Sullivan nunca supo si hubiera llegado a pronunciar aquel nombre.

Lo único que vio fue aquel leve fogonazo en la ventana del hotel frontero. E inmediatamente notó que el cuerpo del chino se estremecía entre sus manos.

La bala le acababa de atravesar el cráneo por el centro, matándolo instantáneamente.

Ahora —Sullivan lo adivinó— el próximo plomo sería para él. De modo que se dejó caer de costado mientras el proyectil acababa de romper los cristales que quedaban.

De no ser por su rápido movimiento, le hubiera atravesado de lleno.

Unos segundos después la puerta había quedado despejada. Y la calle, que volvía a estar llena de gente, también. Pareció como si al público se lo hubiera tragado la tierra.

Sullivan salió y atravesó la calle a la carrera.

Avanzaba en zigzag para evitar los posibles balazos, pero nadie disparó ya contra él.

Su enemigo había decidido huir.

Cuando llegó al hotel del otro lado de la calle, Sullivan se abalanzó sobre el conserje, que estaba aterrorizado detrás del mostrador.

—¿Qué… qué quiere? ¿Una habitación? ¿Dos? ¿Cuatro? ¡Se las doy todas!

—Quiero saber quién ha alquilado la última de esta planta baja. Me han disparado desde allí.

—Yo se lo diré. ¡Claro que se lo diré!

—Pues desembucha.
—La ha alquilado un chino.
El joven exhaló un suspiro de desaliento.
Demonios, con aquello no arreglaba nada.
Seguro que el que había alquilado aquella habitación era el chino al que acababa de matar.
—Ha entrado alguien más —dijo—. Seguro que había alguien más.
—Yo…, yo no me he dado cuenta. ¡Se lo juro!
—¿Hay puerta trasera?
—Como en la mayoría de los hoteles, claro.
Sullivan soltó a aquel hombre.
Ya no averiguaría nada por aquel lado. De modo que corrió hacia la habitación desde la cual le acababan de disparar, sin acordarse de que no llevaba revólver.
Abrió la puerta de un empujón.
Estaba dispuesto a demoler con sus puños a todo aquel que se le pusiera delante.
Pero en la habitación no había nadie. La vio tan vacía como lo había estado Fort Riley.
En la penumbra flotaban cien sombras, pero ninguna de ellas pertenecía a un ser vivo.
Sullivan corrió hacia la puerta trasera.
Aún podía confiar en alcanzar al fugitivo.
Pero no conocía el hotel, y perdió un tiempo precioso buscando aquella salida. Cuando la alcanzó, ya no pudo ver a nadie. Aquella parte de Deadwood era un laberinto de almacenes y edificios enormes y sombríos. Hasta un regimiento podía haberse perdido entre ellos sin dejar rastro alguno.
Sullivan suspiró con desaliento.
Era una tontería seguir allí, de modo que volvió sobre sus pasos y salió por la puerta principal.
El conserje aún estaba arrugado en un rincón.
—¿Encontró lo que buscaba, señor?
—Me temo que no.
—¡Le juro que no he visto nada!
—Lo creo, porque yo no he visto nada tampoco. Y ahora vaya a cobrar al chino. No creo que tenga dificultades.

Subió directamente al pescante del carro blindado, que estaba al otro lado de la calle. Al menos dos docenas de hombres se habían congregado allí, pero nadie hizo comentario alguno.

Sullivan hizo chascar el látigo sobre las cabezas de los caballos.

Y salió al galope hacia su próxima etapa, hacia la pequeña ciudad de Montague, que ya iba a ser su última parada antes de llegar a Monterrey.

Su misión estaba a punto de terminar. Del final del viaje le separaban unas ocho horas efectivas de camino.

Pero ¿llegaría?

John Sullivan nunca había tenido la sensación de la muerte tan metida dentro de sí.

Como le había sucedido en las anteriores etapas, durante el viaje por campo abierto nada ocurrió.

Incluso hizo un día magnífico. Y Sullivan empezó a pensar que lo peor ya había pasado y que llegarían a Montague sin dificultad alguna.

Divisaba ya las colinas tras las que se encontraba la pequeña ciudad.

Incluso desde lo alto de aquellas colinas sería posible distinguir Monterrey a lo lejos. Estaba, pues, como quien dice, a la vista del término de su viaje.

Calculaba llegar a Montague a primeras horas de la tarde.

Desde allí y a pesar de que eso era alargar excesivamente la etapa, iría directamente a Monterrey. Quería, a ser posible, entregar el cargamento aquella misma noche.

Fustigó un poco a los caballos, que ya empezaban a estar muy cansados a causa del peso del vehículo.

No avanzaban por el camino principal, porque por éste hubieran tenido que vadear un riachuelo, en el cual las ruedas del carruaje podían haberse empotrado. Iban por una zona solitaria, agreste, empinada, pero donde al menos no corrían esa clase de peligro.

Sullivan empezó a silbar una cancioncilla.

Bueno, ¿por qué no olvidarse de los malos tiempos pasados?

Y fue entonces cuando ocurrió. Fue en ese momento cuando el joven supo que acababa de concertar una nueva entrevista con la muerte.

# CAPÍTULO XIV

Esta vez no tiraron contra él.

Ahora los que estaban apostados en las colinas —porque al menos eran tres— se dedicaron a los caballos, que era el medio más seguro de inmovilizar el vehículo.

Las balas fueron terriblemente certeras.

De los seis caballos tres cayeron a la vez, con las cabezas atravesadas. Los otros tropezaron y estuvieron a punto de caer también. El carruaje no volcó gracias a su extraordinaria estabilidad, pero quedó atravesado en el camino.

Sullivan, a causa de la inercia, salió despedido del pescante.

Dio con sus huesos en el suelo y rodó por el polvo, mientras sacaba el revólver que había recuperado antes de partir. ¿Pero para qué le servía ahora? ¿Contra quién iba a disparar?

De la colina partieron nuevos fogonazos.

Las balas chocaron inútilmente contra el sólido blindaje del carro.

Luego sus tres enemigos —porque ahora, por los fogonazos, ya podía adivinar su número— cambiaron la dirección del tiro. Se dedicaron a rematar a los caballos que aún quedaban en pie. Con aquella miserable maniobra consiguieron que el carro blindado fuera como un fósil colocado en mitad de la llanura, y al que nadie conseguiría arrastrar.

«Bueno —pensó—, la situación era peliaguda de verdad».

Estaban acorralados, pero al menos sus enemigos no conseguirían gran cosa. No podrían abrir el carro blindado.

«Peor estaban sus enemigos que él», pensó al fin Sullivan.

El estaba armado y bien parapetado.

Bueno, ésa era su idea.

Pero se encontró con un enemigo a su espalda, un cuarto pistolero del que hasta entonces no tenía noticias. La primera «noticia» que tuvo fue aquella bala que le acarició materialmente la nuca.

«Todo lo demás» eran los otros tres hombres.

Éstos, sabiendo que su enemigo no podía levantar la cabeza, descendieron poco a poco de la colina.

Desde el carro blindado les dispararon.

La escotilla se había abierto. Los dos hombres que estaban dentro se disponían a vender caras sus pieles.

Seguros como estaban de no ser alcanzados a su vez, disparaban como demonios.

Pero el carro blindado tenía un importante defecto desde aquel punto de vista. No se podía ver desde las escotillas más que una pequeña zona del paisaje circundante. Los ángulos muertos eran muy notables. Uno podía acercarse perfectamente al vehículo siempre que no se apartara de una línea determinada.

Eso era lo que hacían los tres hombres.

Uno, además, llevaba una lata en su mano derecha, una gran lata donde al menos cabían cinco litros.

Los del interior del carruaje disparaban rabiosamente, pero sin resultado.

Claro que aún no habían jugado su última carta, pero la situación se iba haciendo más difícil cada vez.

Sullivan, agazapado como estaba, los vio avanzar, sabiendo que no los tenía a tiro. Sólo una cosa podía hacer para intentar salvar el carruaje, al menos de momento.

Y se dispuso a hacerla.

Y sin asomar apenas la cabeza, porque sabía que tenía un revólver apuntándole a la nuca, hizo fuego tres veces.

## Capítulo XV

No disparó contra los tres forajidos que se acercaban, sino contra el carro. Más concretamente, contra las partes que lo mantenían sujeto a los caballos.

Su puntería se mostró infalible.

El carro quedó libre, separado por completo de los caballos muertos. Como estaba en una leve pendiente, rodó hacia abajo, sin volcarse.

Eso hizo que instantáneamente los tres hombres que se acercaban a él quedaran al descubierto.

Los ángulos muertos ya no eran los mismos de antes. Las tres cabezas desfilaron rápidamente ante las mirillas del carro blindado.

Y los de dentro dispararon.

¡Vaya si dispararon!

Pero los tres pistoleros eran hábiles y se habían arrojado a tierra. Sólo uno fue más lento que los otros dos.

Y éste también se «arrojó» a tierra, pero no por su voluntad.

Cuando tocó el suelo, ya tenía la cabeza atravesada.

Al terminar el desnivel, el carruaje se detuvo. Los dos pistoleros que quedaban vivos lanzaron un suspiro de alivio.

Bueno, al fin y al cabo, las cosas no cambiaban tanto.

Tenían al carro igualmente acorralado, pese a haber sufrido una baja.

Calculando otra vez los ángulos muertos, avanzaron sinuosamente. Y entonces la sorpresa les hizo lanzar un grito.

¡El carro se había puesto en marcha!

¡Se movía solo!

Ninguno de los dos pistoleros lo comprendía, y el propio Sullivan quedó aturdido en el primer momento. Pero de pronto

recordó. Había en el interior del carro una palanca que, de momento, no supo para qué servía. Aquella palanca disponía de un largo brazo que permitía el que la moviesen dos hombres a la vez. Era evidente —pensó ahora Sullivan— que estaba conectada mediante una rueda y un sistema de transmisión al eje del carro, y eso permitía a éste moverse, aunque a pequeña velocidad.

De momento, era suficiente para salir de un atolladero.

Y, además, los ángulos muertos quedaban eliminados. Los dos pistoleros que estaban en el suelo podían ser alcanzados en cualquier instante.

Las balas empezaron a llover en torno a ellos.

Lanzaron una serie de maldiciones que debieron oírse de un lado a otro del país.

Sullivan no se había movido. Seguía estando a tiro del pistolero situado a su espalda. Pero observó que ahora ya no le iba a ser tan difícil alcanzar a los otros dos.

Tiró de nuevo, pero alzó demasiado la cabeza, llevado por un exceso de optimismo. Y eso estuvo a punto de costarle la piel.

El que estaba a su espalda disparó también. La bala rozó la cabeza de Sullivan.

La rozó de tal modo que le produjo un terrible calambre, dejándole, de momento, sin sentido.

Se daba cuenta confusamente de las cosas; sabía que estaba allí, con la cabeza pegada a las rocas, pero, por lo demás, no tenía fuerza ni para mover un dedo.

Y aun así, había estado de suerte.

Un poco más abajo, y la bala le atraviesa la cabeza por el centro.

El que estaba a su espalda gritó:

—¡Le he dado!

Por fortuna para el joven, creía que Sullivan estaba muerto. Así no se preocupó de rematarle.

Corrió hacia donde se hallaban los otros.

El carro había alcanzado de nuevo una superficie empinada y no podía avanzar con la sola fuerza que le proporcionaban los brazos de los dos hombres. Por otra parte, mientras éstos movían la palanca, no podían disparar.

Había sido un arma de dos filos.

Ahora los tres asaltantes estaban prácticamente bajo el carro

blindado.

E hicieron lo que Sullivan temió desde el principio que harían. Mientras dos de ellos permanecían bajo el carro, absolutamente a cubierto de cualquier balazo, otro recogió por los alrededores unas cuantas ramas secas, lo que no le costó apenas trabajo, pues había muchas esparcidas por allí.

Sullivan seguía sin poder mover un músculo.

Se daba cuenta confusamente de lo que ocurría, pero de un modo lejano, como si estuviera ocurriendo en otro planeta.

En uno de los asaltantes reconoció a Cobb.

Éste había jugado su último cartucho. Y, por lo que se veía, estaba a punto de conseguir el éxito.

Las ramas fueron colocadas bajo el carro y rociadas con el contenido de la lata.

Unos instantes después ardía bajo el blindaje una gran hoguera.

Sullivan asistía a aquello impotente, como un muerto al que se le hubiera concedido la facultad de ver a su alrededor.

Los músculos seguían sin responderle.

Pero su cerebro funcionaba, y se daba cuenta del infierno que estarían viviendo ahora los dos ocupantes del carro.

Éstos no podrían resistir mucho tiempo.

La temperatura debía ser insoportable.

La plancha metálica del suelo se pondría al rojo y les obligaría a rendirse.

Pero eran hombres valerosos y fieles. Antes de entregarse, aún intentaron algo.

Se oyó una voz desde la escotilla.

—¡Quemaremos los billetes! ¡No vais a encontrar nada cuando entréis en el carro!

—¿Nada? —preguntó, burlonamente, Cobb—. Puede que los billetes se quemen solos, ¿pero es que en el carro no hay oro, idiotas? ¡Con eso tenemos bastante! ¡Y cuando los billetes ardan, vosotros arderéis también!

Los dos hombres del interior comprendieron que era verdad.

Se estaban quemando materialmente vivos.

De modo que hicieron una oferta a través de las escotillas:

—¡Saldremos si nos respetáis la vida! ¡Y tendréis incluso los billetes! ¡Todo para vosotros! ¡Pero no tiréis!

—De acuerdo —dijo Cobb—. Trato hecho. Podéis salir y no os ocurrirá nada. Lo que nos interesa es el dinero y no vuestras sucias pieles.

Se oyeron los resortes de seguridad chirriando en el interior del carro blindado.

Luego la puerta se abrió.

Los dos hombres aparecieron en el umbral, respirando ansiosamente aire fresco.

Llevaban las manos en alto y habían dejado en el interior sus armas. Estaban indefensos los dos.

Cobb masculló:

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Adelante, muchachos!…

Salieron definitivamente del carromato.

Y entonces los dos que estaban al otro lado les tiraron por la espalda. Fue un asesinato ruin, inútil, miserable. Los vigilantes cayeron crispados de dolor.

Fue ese crimen vil lo que hizo que algo vibrara en el cerebro de Sullivan.

Fue esa acción repugnante la que le devolvió unas fuerzas que ya no tenía.

¡Necesitaba la venganza! ¡Necesitaba vengarse aun a costa de su propia vida!

Los pistoleros de Cobb apartaron a puntapiés los cadáveres.

Y enseguida sacaron el carro de encima de la hoguera, para que no hubiese peligro de combustión de los billetes contenidos en los sacos.

Habían alcanzado una verdadera fortuna.

¡Un millón de dólares!

¡Por fin habían vencido al carro blindado! ¡Por fin acababan de lograr lo que parecía imposible!

Una larga cadena de crímenes, de traiciones, de sangre, les había conducido a aquel fabuloso éxito que hasta poco antes les pareció todavía un sueño.

Y entonces Sullivan se puso en pie.

Apareció por entre las rocas.

Su rostro estaba cubierto de sangre, a causa de la herida en la cabeza, y las piernas apenas le sostenían.

Sus músculos estaban agarrotados.

Era una locura provocar un desafío así, porque no tenía la menor probabilidad de vencer.

Estaba dispuesto a todo con tal de acabar con aquellos miserables.

Se dejaría a gusto la piel a cambio de llevarse por delante a uno al menos de aquellos perros rabiosos.

Los tres pistoleros volvieron los rostros hacia él.

No podían creer lo que veían.

Era como un fantasma que apareciera de pronto ante sus ojos, un fantasma que pretendiera desafiarles a los tres.

Cobb masculló:

—¿Pero no estabas muerto?…

—Lo estaré dentro de poco, Cobb. Y tú también.

—¿Tratas de… desafiarnos?

—Tengo en el revólver tres balas. Y os mataré a los tres.

Cobb lanzó una carcajada que era como un grito ronco.

El viento se llevó las últimas estridencias de su burla.

—De modo que un desafío… Y así, cara a cara… Bueno, creo que nunca me he reído tan a gusto, muchacho.

Sullivan había avanzado tres pasos más.

Estaba ahora a unas doce yardas de sus enemigos.

Le dolía la cabeza y le temblaban los dedos, pero la lucecita febril seguía brillando en sus ojos.

Estaba dispuesto a morir y a matar.

Cobb rió sordamente.

—Muy bien —dijo—. La fiesta va a ser divertida. Vamos a ver… ¡«Saca», muchacho!

Sullivan se dispuso a llevar la mano al revólver.

Sabía que no iba a poder vencer a aquellos tres pistoleros profesionales, y que, además, estaba viviendo los últimos segundos de su existencia.

Pero al menos se llevaría a uno por delante.

Al menos uno…

Y sus ojos febriles eligieron a Cobb.

Los dedos trémulos tocaron el revólver.

La décima de segundo decisiva había llegado.

Lanzó un grito de odio y de muerte.

Y en aquel momento, los tres individuos que estaban ante él se

contorsionaron. En aquel instante ocurrió algo que no podía creer.

Acababan de sonar tres disparos de rifle, tan rápidos como si fueran uno solo.

Los tres pistoleros, empezando por Cobb, brincaron, mordidos por el plomo. Una expresión de estupor se dibujó en sus rostros. Uno de ellos incluso logró volverse, mientras lanzaba una maldición.

No llegó ni a terminarla.

Una nueva bala de rifle le atravesó la cara. Era Cobb. Cayó de costado con las facciones deshechas.

Sullivan creía estar viviendo un sueño.

Lo ocurrido le parecía imposible.

¿Quién había disparado con aquella puntería, como si supiese lo que iba a ocurrir? ¿Y por qué?

Se tambaleó, todavía con el revólver en la mano.

Y entonces vio al hombre que acababa de disparar.

Había aparecido por encima de unas rocas, apenas a dos docenas de yardas del carro.

Y los labios de Sullivan se entreabrieron con inaudita sorpresa al mascullar:

—Truman…

# CAPÍTULO XVI

En efecto, era el banquero el que acababa de, aparecer ante sus asombrados ojos.

Truman aún llevaba un rifle humeante entre las manos. El rifle con el que acababa de matar a tres hombres.

Se acercó poco a poco, mientras a Sullivan aún le parecía estar viviendo un sueño.

Truman miró los cadáveres y luego hizo un gesto afirmativo.

—Ésos se han portado bien —dijo, mirando a los que habían estado en el interior del carromato—. Han luchado hasta el fin.

Sullivan extrajo un pañuelo y se limpió bien la sangre que cubría su cara.

Se iba sintiendo más fuerte cada vez.

La rozadura de su cabeza ya no le sangraba.

Dio una docena de pasos y se detuvo ante unas rocas. Por ellas resbalaba un hilillo de agua que llegaba desde otras rocas más altas. Se limpió bien la cara, la cabeza y las manos en el líquido cristalino.

Aquello le hizo un infinito bien.

Cuando terminó, ya se había recuperado casi por completo. Además, ahora todo había terminado bien, cuando creía que iba a morir. Tenía motivos para mostrarse optimista.

Dio media vuelta y volvió hacia el lugar donde estaba detenido el carro blindado.

Truman no se había movido de allí.

Miraba pensativamente los sacos repletos de billetes y de oro, como si estuviera preguntándose de qué modo los trasladaría ahora.

Sullivan se acercó a él.

—¿De dónde ha salido, Truman?

—Yo iba siguiendo paso a paso este asunto —murmuró el

banquero—. ¿O es que no lo sabía?

—Sí… Ya estaba enterado de que muchas veces vino detrás de nosotros, vigilando lo que sucedía. Pero esta vez ha llegado muy a tiempo, Truman. Un segundo más y…

—Sí, ya he visto que iban a liquidarle.

—Como máximo, hubiera podido llevarme por delante a uno de ellos —dijo Sullivan—. Pero reconozco que los otros dos hubieran acabado fácilmente conmigo.

—¿Cómo se atrevió a desafiarles? ¿Estaba loco?

—Perdido por perdido, prefería morir con dignidad.

—Eso es muy elogiable, muchacho —dijo Truman—. Muy heroico, pero la mayor parte de las veces resulta inútil.

—No hice más que cumplir hasta el fin la misión para la que me habían contratado —dijo Sullivan, un poco molesto ante las palabras del banquero.

Truman sonrió afablemente.

—Y le felicito. Me hubiera sido difícil encontrar a un hombre más útil que usted.

—Prefiero no hablar de eso —dijo Sullivan—. Vayamos a lo práctico.

—¿Qué es lo práctico para usted?

—¿Cómo transportaremos el dinero hasta Monterrey?

—Ya he pensado en eso —dijo Truman.

—¿Sí? ¿Y qué ha decidido?

—Hum… Es algo complicado explicarlo —susurró Truman, acariciándose la barbilla pensativamente—. Pero ya he pensado en eso, ya… ¿Quiere hacerme un importante favor?

—Claro que sí.

—Deme uno de esos sacos. Ése. El de oro.

Sullivan se inclinó para recogerlo.

Dio la espalda a Truman, sin pensar en las consecuencias. La verdad fue que nunca se le hubiera ocurrido pensar en lo que sucedió realmente.

La culata del rifle voló hacia su cabeza.

Sullivan se dio cuenta cuando ya era demasiado tarde.

El leve siseo del viento al caer el arma le advirtió. Fue a volverse, pero ya no pudo conseguirlo. La culata se aplastó contra su nuca, haciéndole caer pesadamente a tierra.

Cuando se volvió, sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo, vio algo más increíble todavía.

Truman le estaba apuntando con su rifle.

Y en sus ojillos había un brillo divertido, cruel, casi satánico.

—Basta de comedias, Sullivan —masculló Truman—. Más vale que nos quitemos la careta de una vez.

—Será la suya —dijo Sullivan—. Yo no tengo ninguna careta que quitarme.

—Pues bien, me quitaré la mía —masculló Truman—. Me descubriré de una vez. ¿Nunca se le ha ocurrido sospechar que todo esto estaba demasiado bien preparado? ¿Que había alguien que conocía demasiado bien las características de este envío y todos los puntos de la ruta?

Sullivan se pasó una mano por la boca.

Le dolía la cabeza, pero sobre todo le había acometido una horrible náusea.

Miró a los muertos, pensó en toda la sangre que había costado aquello para satisfacer la ambición de Truman.

En efecto, había pensado más de una vez en lo que el banquero decía, pero nunca se atrevió a dar crédito a la horrible verdad.

Y ahora era Truman el que desvelaba aquel secreto. Era Truman el que se reía burlonamente mientras le apuntaba con su rifle.

—Yo mismo contraté a Cobb —dijo—. Y contraté a aquellos tres asesinos amarillos que fueron fallando uno tras otro. ¿Objetivo? Robar ese dinero. Hacerme con él… Los tres asesinos amarillos hubieran tenido una miserable paga, pero Cobb había de llevarse una buena tajada. Por eso me he desembarazado de él. Ahora, cuando ya no me hace falta…

Sullivan musitó, asombrado:

—¿Pero para qué robar ese dinero? Si es suyo…

—¿Mío?… —y Truman volvió a reír—. Se equivoca, amigo. Ha olvidado lo que le conté una vez: yo tengo unos socios que poseen la mayor parte del capital. Con dinero que no era mío instalé unos cuantos negocios en San Francisco. Todo lo llevaba en secreto, claro… En el hotel donde recibía a mis visitas me llamaban de un modo muy curioso: «Nostradamus»… Quizá porque aprendí a hacerme casi invisible, a moverme y actuar como una sombra. Pero, a pesar de que los negocios marchaban muy bien, mis gastos

resultaban excesivos. Iban más allá de mis posibilidades. Una mujer de la que no estaba dispuesto a prescindir se lo llevaba todo. ¿Su nombre? ¿Y eso qué le importa a uno que va a morir como usted, Sullivan? Le bastará con saber que estaba en descubierto ante el Banco. Si mis socios se enteraban, eso significaría el hundimiento de todo… Por eso aproveché la oportunidad del traslado de ese millón. Yo mismo lo arreglé todo… Un robo me permitiría no sólo hacerme con dinero suficiente, sino reponer lo que me había llevado a escondidas. Y a eso hemos llegado, Sullivan. Ahora todo es mío…

Sullivan había entendido la horrible verdad. Sus labios dibujaron una mueca de desprecio, pero no de miedo, pese a saber que iba a morir. Lo único que preguntó fue:

—¿Y cómo justificará el robo?

—¿Cómo? Pues muy sencillamente: por los hechos… Encontrarán el carromato abierto y vacío, y varios muertos en torno suyo. ¿Quién dudará de la verdad del atraco? Luego yo no tendré más que presentarme muy compungido, muy afectado, muy triste…

Lanzó otra carcajada y fue a apretar el gatillo.

Era el fin.

Pero Sullivan no estaba dispuesto a dejarse matar, y menos por aquel miserable. Truman había cometido el error de situarse demasiado cerca de él. El error de creer que podría matarle a boca de jarro y tranquilamente.

Cuando se dio cuenta, ya las piernas de Sullivan se habían alzado con la velocidad del rayo. Ya el rifle volaba por los aires, después de recibir el doble puntapié en el cañón.

Truman lanzó un salvaje alarido.

No había quitado el revólver a Sullivan. Había creído que todo iba a ser sencillo. Cometió la terrible equivocación de no valorar bien al que había ido acabando con todos los asesinos, uno tras otro.

Y el último asesino era él, era Truman.

Sullivan disparó desde el suelo, con una rapidez fulminante, apoyando solo la mano en la culata de un modo fugaz, como si la acariciara.

El banquero recibió los dos balazos en la cabeza.

Lanzó un angustioso alarido y cayó hacia atrás, con las facciones desencajadas, regando el polvo con su sangre.

Sullivan aún disparó otra vez. Y otra, y otra…

Cuando se convenció de que su enemigo no era más que un guiñapo, se puso en pie.

Vio entonces que llegaba un carruaje ligero, tirado por dos caballos. Más que verlo, lo oyó. Pasaba por el sendero que había detrás de las rocas, de modo que cuando se detuvo estaba ya prácticamente junto a Sullivan.

Leticia Fereman, que iba al pescante, murmuró, sin mirar:

—¿Ya has acabado, querido? ¿Tienes el dinero?

—Ahora sé quién es el que le costaba tanto dinero a Truman —murmuró Sullivan—. Vaya… Tiene gracia.

Leticia palideció mortalmente.

Se dio cuenta de que había cometido un terrible error. De que aquellos disparos significaban la victoria de Truman, cuando era todo lo contrario.

Sullivan añadió:

—Sí, el dinero lo tengo. No sé si cabrá en ese carruaje, pero tú vas a ayudarme, muñeca…

Leticia Fereman era, al menos, una mujer que sabía perder. Dijo, con la mejor de sus sonrisas:

—Claro que sí, cariño. En seguida.

Y puso pie a tierra.

¿Qué hace falta decir más?

¿Que aquella noche el cargamento llegó a Monterrey?

Eso, el amigo lector ya puede imaginarlo.

¿Que todo se supo, menos la participación de Leticia Fereman, porque Sullivan, al fin y al cabo, era un hombre galante?

También el lector puede suponerlo.

¿Y que Leticia, una chica agradecida, se empeñó en corresponder a tantas galanterías?

Bueno, aquí más vale que el amigo lector no piense.

Hay cosas que pasan, pero que no se pueden explicar.

Sullivan no se casó con Leticia Fereman, ni mucho menos, sino con otra muy distinta, con Anna.

Pero eso no impide aceptar la gratitud de otra mujer, ¿verdad?

De todos modos, Sullivan no se lo contó a nadie. Y ustedes, por favor, no lo hagan tampoco…

FIN

# Notas

[1] El «Kung-Fu», antiquísimo método de lucha china, ha sido secreto hasta hace pocos años. De él se deriva el karate. Sus golpes son los más mortales que se conocen, y muchos comandos y agentes secretos de diversos países son entrenados con arreglo a ese método que antaño constituía para los occidentales un verdadero misterio. <<

[2] En la China del siglo pasado se llamaba «señores de la guerra» a los mandarines o militares provistos de mando en lejanas provincias, donde no llegaba la autoridad del emperador, y que emprendían luchas por su cuenta, con el único propósito de conseguir botín. (N. del A.). <<